

Tiempo, Hipermodernidad y Clínica Psicoanalítica.
Apuntes para pensar prácticas situadas

Micaela Neira

Facultad de Psicología, Universidad de la República

5.126.139-2

Tutora: Virginia Masse

Revisora: Betty Weisz

28 de Octubre de 2022

Agradecimientos:

Si bien la intención del Trabajo Final de Grado es que se elabore de forma individual, el siguiente ensayo no fue elaborado ni individualmente, ni en soledad. Si bien sólo fueron mis manos las que escribieron, son muchos quienes aquí se ven reflejados, y quienes compusieron este texto. Entender que la psicología será siempre en relación con otros, nunca en soledad, me alegra, y es una forma pensante y afectiva que se desprende de los modos en los que elegí para transitar esta formación. Pensar con otros habilita y habilitará siempre la construcción de nuevos posibles, que de otra forma muy de seguro quedarían trancos.

Lo escrito en este ensayo es entonces resultado de estxs muchos que aquí están presentes, de sus formas afectivas y sostenedoras, de su disponibilidad al ejercicio del pensamiento compartido. Es resultado de un tránsito formativo que no se limitó a la asistencia a clases teóricas, prácticas, con el objetivo único de tachar casilleros de la malla curricular, sino que se pobló de un habitar pasillos, puertas, callejones, Tristán Narvaja en sus varias esquinas. Tomar algo post asambleas y continuar las discusiones (que hasta hoy se continúan) sobre la formación que deseamos y defendemos. Resulta del tránsito por el Centro de Estudiantes Universitario de Psicología, de las tantas marchas para defender lo que debería ser obvio, de ocupaciones reconfigurando salones con sobres de dormir colchones y risas.

Se compone también de largos debates con otredades ocasionales, para seguir fomentando una conciencia crítica acerca de dónde estamos parados y hacia dónde queremos ir, así como de profundas y afectuosas charlas con compañeros y amigos que no habitan lo universitario, pero sí tantos otros mundos.

Tengo el privilegio de buscar construir, y haber construido en estos años, una red amistosa afectuosa. De tener una familia que estimuló siempre mi conciencia crítica, que desde el amor y la disponibilidad me habilitó herramientas fundamentales para llegar a cursar una educación terciaria.

Por esto agradezco. A esta preciosa red amistosa que desde sus singularidades y formas me ha sostenido y me sostiene desde el afecto, los abrazos y las palabras justas, ustedes saben quienes son. A mi familia, por todo. A Elias, por la escucha paciente y el sostén, que me traen también hasta este momento y que habilitaron a que mucho de lo escrito aquí se haya elaborado no sólo desde la teoría, sino desde la experiencia. Por un proceso que significó vida y formación para el ejercicio de la práctica. Las palabras a veces no hacen justicia.

Al bellísimo grupo de los viernes, por la presencia y apoyo en este proceso, y por generar que mi mirada al futuro como egresada esté llena de potencia y aún de encuentros amorosos donde el pensamiento y la afectividad se sigan estimulando.

A la música, y a les amigos que me han rodeado de ella, por habilitarme siempre un encuentro sensible, una vía de escape cuando el mundo se torna tan excesivamente racional, a todas esas rondas a guitarra y cajón donde nos sabemos juntas en esto.

A Virginia, Betty, y a la Universidad de la República, porque tuve el derecho garantizado de formarme gratuitamente, con sus luces y sus sombras. En un año como este, en el cual el presupuesto destinado a la UdelaR es de 0%, no puedo dejar de escribir que espero, y aportaré en su construcción, un futuro en el que la educación pública gratuita y de calidad para quien la desee sea un hecho, que se entienda la enorme dimensión en la que la UdelaR colabora para construir futuro, que de una vez se le otorgue el presupuesto que merece.

La siguiente producción escrita es entonces sólo un nudo, una parte, un recorte, dentro de lo que ha sido y es mi proceso formativo, que se compone de varias y variadas líneas entrelazadas, que espero continúen multiplicándose.

Agradezco a todos lo valioso de compartirnos en el tiempo.

Introducción

Como sociedad transitamos hoy un tiempo hipermoderno. La sociedad líquida definida anteriormente por Bauman (1999), da lugar a una sociedad tendiente al estado gaseoso, donde el tiempo social además de acelerarse, tiende a dispersarse (Han, 2014). La sociedad posmoderna comienza a incorporar como modo de producción de subjetividad los componentes de transitoriedad y seducción, propios del mundo de la moda. En la hipermodernidad, estos componentes se transforman en imperativos. El tiempo se percibe como efímero, los mandatos institucionales propios de la sociedad moderna se vacían, y el terreno es cooptado por el imperativo del prefijo “hiper”: hipercomunicación, hiperconsumo, hiperproducción. (Lipovetsky, 2004).

La hipermodernidad se caracteriza por el movimiento y lo fluído, por lo flexible, organizando la vida del individuo bajo estas características. (Lipovetsky, 2004) De esta forma aparece un individuo que se somete a distintos mandatos en búsqueda de la mayor eficiencia posible de su ser-en sociedad para poder seguir el ritmo que este nuevo tiempo impone.

Los mandatos del “deber ser” propios de la sociedad disciplinaria otrora descrita por Foucault (1976) son abandonados, para pasar a una sociedad del rendimiento, en la cual el imperativo máximo es el yo *puedo* hacerlo (Han, 2010). Dentro de la misma aparece un sujeto de rendimiento que se configura como “empresario de sí mismo” (Han, 2010, p. 43) gestionando su tiempo de existencia en pro de una eficaz productividad que busca lograr el éxito personal inscrito en el *poder* hacer.

Bajo la influencia del nuevo mandato del poder hacer y ya no del deber hacer, la negatividad inherente a los sujetos tiende a excluirse, inclinando la balanza hacia una positividad exacerbada, propia del poder hacer. Todo obstáculo, entendido como negatividad, que se interponga en el camino del sujeto al *poder* hacer debe ser eliminado. El camino que recorre el sujeto para producirse debe ser liso, sin grietas ni baches, para habilitar la rapidez en la llegada.

La angustia, el dolor, el cuestionamiento de los propios modos de hacer, la mirada crítica del propio ser y el tiempo que requiere el abordaje de estas cuestiones, son consideradas dentro del nuevo mandato impuesto en la hipermodernidad, una *negatividad* a eliminar en los individuos para poder acceder al éxito que conlleva el poder hacer de forma veloz. La única negatividad que puede tolerarse dentro de este mandato es la que motive a un mayor esfuerzo por la productividad y la eficiencia (Han, 2010)

En los últimos años, las terapéuticas de largo aliento enfocadas a elaborar a través de un proceso las conflictivas psíquicas de los sujetos tienden a ser sustituidas por terapéuticas con objetivos enfocados a la expresión del síntoma, con tratamiento de los mismos a corto plazo.

En este contexto, el siguiente ensayo se propondrá indagar y reflexionar acerca de los territorios por los cuales se moviliza la clínica hoy, buscará rastrear algunas líneas de sus derivas, y las repercusiones que tanto el tiempo hipermoderno tiene para la clínica psicoanalítica como en el recorrido inverso, este modo de hacer clínica puede potencialmente tener en este tiempo hipermoderno. Partiendo desde la corriente Psicoanalítica, buscará ahondar en las maneras en las cuales esta forma singular de hacer clínica, con sus tiempos particulares de encuentro entre analista y analizado se ve atravesada por este contexto, haciendo hincapié en las mutaciones de las formas y modalidades en el proceso analítico con el otro consultante.

Dentro de los variados ejes que pueden tomarse para la reflexión sobre estas dimensiones, se elegirá el eje del tiempo, teniendo en cuenta la tensión dialéctica existente entre la temporalidad subjetiva y la social-cultural. Esta articulación teórico-reflexiva tendrá como objetivo un pensar *situado* en el tiempo sociohistórico actual, cuestión que resulta clave para el desempeño dentro de la clínica actual y futura.

Acerca del tiempo

La temporalidad será el eje que habilitará a reflexionar acerca del vínculo existente entre el contexto socio histórico de la hipermodernidad y la clínica psicoanalítica. Antes de introducir estos aspectos, resulta necesario buscar precisar la noción misma de tiempo. Al momento de buscar definirlo, el tiempo parece escurrirse, en ésta su cualidad de tránsito incesante. Resulta incapturable en una única definición, por lo que ha sido trabajado bajo variadas perspectivas a lo largo de la historia.

En el libro IV de Física (Aristóteles citado por Vidal, 2015) escrito en torno al S. IV A.C Aristóteles indaga acerca del tiempo y su naturaleza. Establece como condición para definir al tiempo el hecho de que suceda algo. No existe tiempo sin acontecimiento, “el tiempo es precisamente eso: el número del cambio según un antes y un después” (Aristóteles citado por Safranski, p. 90). Así, desde este autor el tiempo aparece cuando es posible delimitar movimientos partiendo de lo que se ubicó con anterioridad y posterioridad a ellos y esta antero-posterioridad aparece como límite perceptivo para el alma. Precisamente “lo que se está enumerando no es el movimiento en sí o los ‘ahoras-límites’ (o una supuesta sucesión de ‘ahoras’ comprendidos entre los límites) sino que se numera la magnitud o amplitud del movimiento comprendido entre los ‘ahoras’ (anterior y posterior)” (Aristóteles citado en Vidal, 2015 p. 328). El autor afirma entonces que el tiempo no puede ubicarse con independencia de la percepción del alma sino que éste es en tanto fenómeno percibido por la misma (Aristóteles citado en Vidal, 2015). Desde aquí se entiende que el tiempo “resulta ser la instancia en donde confluyen en una y la

misma actualización, la potencia que el alma tiene para numerar con la potencia que el movimiento tiene para ser numerado” (Aristóteles citado por Vidal, 2015, p 334)

Siglos más tarde, Arthur Stanley Eddington, Filósofo y Astrofísico, continúa reflexionando acerca del tiempo y en 1928 adopta el término “flecha del tiempo” (Eddington citado por Ludueña, 2011) buscando una imagen de pensamiento que retrate un atributo de la temporalidad a su parecer: el hecho de que el mismo corre únicamente desde el pasado hacia el futuro, sin posibilidad de volver a un punto pasado. El tiempo aparece como irreversible, a diferencia del espacio que puede ser recorrido en sentido inverso (Eddington citado por Ludueña, 2011).

Algunos años después, Heidegger indaga también la naturaleza del tiempo. En su libro “ser y tiempo” (Heidegger, 1927/ 2012) se dedica a profundizar en la relación del tiempo con la propia experiencia. Su obra es influenciada por San Agustín, quién plantea que el tiempo es vivenciado desde el yo primeramente por lo afectivo, y en esta inmediatez de la vivencia la existencia va a saberse tal con anterioridad a ninguna reflexión. (San Agustín citado por Escudero, 1999).

De su indagación concluye que no hay ser en el tiempo, como establecían los parámetros de la metafísica occidental de la época, sino que el ser es tiempo (Heidegger citado en Escudero, 1999). Para llegar a esta afirmación, primeramente reflexiona en torno al ser, y lo establece como “el ser que ordinariamente se es” (Heidegger citado en Escudero, 1999, p221) condicionado por un tiempo que le es impropio, el tiempo del reloj, que reduce al ser a un uno homogeneizable a través de las limitaciones propias de este tiempo para realizar las tareas cotidianas. Frente a este ser capaz de ser homogeneizable, Heidegger plantea un ser-ahí, singularizado, con un tiempo que le es propio, además del tiempo impropio que lo marca. Este ser-ahí singularizado aparece para el autor por la posibilidad de la vivencia de la muerte como un extremo del ser-ahí singular. El ser ahí, desde esta posibilidad extrema del morir, se organiza en una anticipación del futuro y proyecta variadas posibilidades, desde un pasado que lo sostiene aún en el tiempo impropio y en el presente de la propiedad de una anticipación de su muerte en algún momento.

Así, desde esta anticipación es que Heidegger llega a la conclusión del ser como tiempo mismo:

esta anticipación no es otra cosa que el futuro propio y único del ser-ahí. En la anticipación el ser-ahí es su futuro, pero de tal manera que en este futuro vuelve sobre su pasado y su presente. El ser-ahí concebido en su posibilidad más extrema de ser no es en el tiempo, sino que es el tiempo mismo (Heidegger citado por Escudero, 1999, p. 223)

Por otra parte, siguiendo a Safranski (2017) el tiempo tiene una conceptualización operativa por lo que para definirlo se deberá seguir el camino de los efectos que el mismo genera. Involucra una duración en la que se instalan como ejes un antes y un después, en medio de los cuales se cuentan intervalos (Safranski, 2017). Para percibir el tiempo y definirlo, hacen falta individuos con la capacidad de sintetizar, figurando escenas mentales en las cuales distintos eventos se encuentran como consecutivos siguiendo una linealidad (Norbert Elias, 1984).

En lo gramatical, la noción de tiempo se complejiza. Dada la falta de diferentes formas para referirse a él, termina por confundirse el tiempo en el que los sucesos acontecen con el tiempo en sí mismo como fuerza creadora de sucesos (Safranski, 2017). Al tiempo se le agrega otra complejidad cuando por costumbres lingüísticas se refuerza la noción del tiempo como algo que se encuentra allí, que existe en sí mismo, siendo tarea de los sujetos medirlo y determinarlo, fomentando una percepción ficticia de autonomía entre la construcción social del tiempo y la medición del tiempo de hechos inhumanos, siendo que ambos mantienen una relación indisoluble (Norbert Elias, 1984).

Norbert Elías (1984) trae la dimensión construida y aprendida del tiempo, así como su condición de cambio. El concepto de lo que se denomina tiempo se ha construido socialmente a través de procesos de aprendizaje, no siempre los individuos definieron los conjuntos de sucesos bajo el símbolo de tiempo. Entonces, “la experiencia humana de lo que ahora se llama -tiempo- ha cambiado en el pasado y sigue cambiando en el presente, no solo de manera histórica y accidental, sino estructurada y dirigida” (Norbert Elías, 1984, p.49).

Como construcción y acuerdo social, dependiente de los individuos que lo definen, el tiempo adquiere una dimensión relativa y cambiante. Existe un halo de incertidumbre que rodea la noción del tiempo ya que éste depende del momento histórico que una sociedad transite y la forma en la cual el tiempo, como instrumento, colabore en sus dinámicas. Siguiendo a Ana María Araújo (2013) “no poseemos el tiempo, no tenemos un tiempo: somos tiempo en devenir. somos movimiento” (p.33)

Ana María Araújo (2013) presenta el tiempo a través de tres dimensiones: tiempo social, tiempo corporal y tiempo subjetivo. Estas no se presentan como excluyentes, sino que forman tramas a través de distintas configuraciones, teniendo como nudo al sujeto, por donde estas temporalidades se tejen. No se habita el tiempo social sin habitar el tiempo corporal, cultural, o subjetivo, aunque las intensidades en las que se habiten estas dimensiones pueda variar.

El tiempo social es trabajado por la autora como aquel que refiere al ser y estar en el mundo (Araujo,2013). tiempo “donde los signos y símbolos de una comunidad, de un pueblo, de un barrio, de una nación, construyen y de-construyen subjetividades, tiempos laborales, tiempos afectivos, tiempos de ocio” (Araújo, 2013, p.34). Tiempo cultural involucra hábitos, sistemas de creencias y valores, símbolos, imaginarios sociales, mitos. El tiempo desde

aquí es un “constructo cultural y simbólico en movimiento” (Araújo, 2013, p.35). Por otra parte, tomando como eje la corporeidad y sus transformaciones se accede al tiempo corporal, siendo el mismo un eje analizador del pasaje del tiempo social, cultural y subjetivo.

El tiempo subjetivo según la autora se marca por el inconsciente y el deseo, siendo estos dos catalizadores de nuestros modelos identificatorios, de nuestras palabras, actos, ideales, de los primeros vínculos. Desde este tiempo nos lanzamos al tiempo social y cultural, es un tiempo que guarda nuestros sentimientos y potencialidades. La historicidad personal tiene un tiempo único y subjetivo. “ Este tiempo subjetivo nos es único. cual verdadero espejo y constructor de nuestra existencia èl pauta a su vez nuestros universos socio psíquicos, nuestros conflictos arcaicos, nuestras trayectorias de vida”. (Araújo, 2013, p.33)

Este tiempo subjetivo se enlaza entonces con el mundo interno de los individuos, signado por el inconsciente y los deseos, es decir por estructuras psíquicas, con las temporalidades y a-temporalidades propias de éstas.

El tiempo en la teoría psicoanalítica

La temporalidad aparece en la obra de Sigmund Freud, en lo relativo a la teoría y a la técnica psicoanalítica. En la carta 52 enviada a Fliess (1896/1986) se plantea una estructura del aparato psíquico, en lo que se denominó la primera tópica Freudiana. En ella aparece una sucesividad hacia adelante que se establece desde el contenido psíquico inconsciente que aparece como dinámico e inaccesible a la conciencia del individuo, contenido sobre el que se dirige un monto de energía psíquica para mantenerlo como reprimido, pasando por el preconscious que resulta aquello posible de hacerse conciente pero que no lo es en el momento presente del sujeto, para llegar a la instancia conciente que refiere a las percepciones y pensamientos del instante presente, de las que el sujeto da total cuenta (Freud, 1896/1986). Así, Freud plantea “la hipótesis de que nuestro mecanismo psíquico se ha establecido por un proceso de estratificación sucesiva, porque de vez en cuando el material preexistente de huellas mnémicas experimenta, en función de nuevas circunstancias, una reordenación según nuevos nexos, una reescritura” (Freud, 1896/1986, p.218)

Por otra parte si se quiere pensar una “filosofía del tiempo de origen psicoanalítico” (Laplanche, 2012, p.16) es menester atender a la relación originaria con un “ otro que desde el comienzo inyecta en el ser humano sus mensajes enigmáticos” (Laplanche,2012, p.16). para la temporalización de los individuos es condición la relación originaria que cada uno mantiene con un otro. La relación con este otro no es la única forma de temporalización de los mismos, sino que se encuentra en relación dialógica también con otros tiempos como el biológico, el histórico, el del cosmos en su totalidad (Laplanche, 2012). Tomando como base esta relación originaria con un otro el

psicoanálisis toma forma en su método, en tanto busca la palabra que se dirige hacia un otro, lo que le permite a los individuos “ordenar y reordenar contingencias pasadas en momentos de meditación, conclusión, reordenamiento” (Laplanche, 2012, p.19)

En el recorrido de su obra, pensando en la idea de la cura, Freud (Freud citado por Laplanche, 2012) estableció en una primera instancia que la misma llegaría cuando el analizado fuese capaz de recuperar los recuerdos completos, dejando atrás la amnesia infantil. La idea de recordar completamente lo vivido en los años infantiles se mostró inaccesible, por lo que se comenzó a dar atención a las construcciones para llenar los vacíos de estos años (Laplanche, 2012). De todas formas, Freud sostuvo el levantamiento de la amnesia infantil para lograr eliminar los patrones repetitivos de tiempos pasados en el presente de la vida psíquica, es decir los anacronismos, como meta del análisis (Laplanche, 2012). El trabajo de análisis tendría como objetivo el levantamiento de esta amnesia, que contiene recuerdos reprimidos de los primeros años del desarrollo de los individuos (Laplanche, 2012). Se comprende desde aquí que en la intención misma del trabajo analítico se encuentra una temporalidad que busca ir hacia el pasado desde el presente para re-configurarlo, y darle un nuevo sentido de cara a un futuro. Como se verá más adelante, existen mecanismos para que esto se realice, que dan lugar a cuestionar la linealidad del tiempo en psicoanálisis. Surge la pregunta ¿el psicoanálisis se guía por los parámetros de la temporalidad medida por el reloj? ¿se sostiene en el devenir del tiempo social histórico que mantiene una linealidad hacia adelante pasado-presente-futuro? ¿sigue los parámetros del tiempo de flecha hacia adelante planteado por Eddington (Eddington citado por Ludueña, 2011)?

Siguiendo a Laplanche (2012) el análisis en su estructura toma forma de sucesión. Para describir esta sucesión toma cuatro momentos dentro de un análisis: un primer momento denominado como del síntoma, que refiere a lo reprimido en su movimiento de retorno, al compromiso que se establece entre deseo y defensa. Este momento conduce luego a un movimiento de represión, como “contrainvestidura para evitar el displacer”(Laplanche, 2012, p.32). que conduce a lo reprimido como muelle de afectos y representaciones inconscientes, que lleva por último al recuerdo de ciertas vivencias que debieron ser reprimidas.

En el trabajo analítico y basándose en esta estructura de sucesión, la resistencia como la represión en su movimiento de repetición llevaría a una interpretación, que conduciría luego al levantamiento de lo reprimido y a la instalación del insight, que desencadenaría movimientos de madurez psíquica, que sería igual a la finalización del análisis. (Laplanche, 2012)

Debe mencionarse que esta sucesión trabajada por Laplanche (2012), puede darse de esta forma mientras lo vivido por el individuo haya podido ser simbolizado de modo de ser reprimido, lo que no se da en todos los casos. En ciertas ocasiones los contenidos no llegan a ser simbolizados de modo de poder llegar a ser reprimidos a nivel

inconsciente y así poder ser potencialmente trabajados en análisis para que logren llegar al plano consciente (Freud citado por Laplanche, 2012). De todas formas, de lo planteado por Laplanche (2012) podría concluirse que el psicoanálisis responde a un proceso inserto en un tiempo de causalidad que se corresponde con el tiempo lineal de flecha hacia adelante. Sin embargo, insertos en los momentos de esta sucesión trabajada por el autor, aparecen otras temporalidades que ponen en duda este único tiempo de sucesión. El síntoma en sí mismo, expresado en el retorno de lo reprimido que aparece en el primer momento de la sucesión planteada, da cuenta de una línea por la que corre este otro tiempo. La represión involucra el mantenimiento en el inconsciente de determinadas imágenes, recuerdos y pensamientos (Laplanche, 2012) y “se produce en aquellos casos en que la satisfacción de una pulsión susceptible de procurar por sí misma placer ofrecería el peligro de provocar displacer en virtud de otras exigencias” (Freud citado por Laplanche, 2012). Esta represión nunca llega a ser total (Freud citado por Laplanche, 2012) y los elementos que en un pasado fueron reprimidos insisten en aparecer de diversas formas, conviviendo con el presente de los individuos en su vida psíquica a pesar de que se lo entienda o signifique, a través de la expresión del síntoma.

El trabajo en la dupla analítica en lo relativo al retorno de lo reprimido y sus expresiones a través del síntoma, sostiene otra temporalidad posible: entender la convivencia de un elemento pasado reprimido en la cotidianidad presente del sujeto que le lleva a sentir, pensar, actuar, interpretar su presente y proyectar su futuro de cierta forma y no de otra. Pasado presente y futuro tienden a juntarse, arqueando la flecha hacia adelante de tal modo que futuro y pasado llegan a rozarse.

Por su parte, André Green (2002) considera el tiempo en psicoanálisis de una forma similar a como lo hace Laplanche, planteando la hipótesis de que el tiempo en sí mismo está sujeto a un tiempo del individuo y a un tiempo que es del Otro (Green, 2002). Estos tiempos del individuo y el Otro se van a encontrar en constante vínculo, generando tensiones a través de desencuentros entre ambos, con fluctuaciones constantes y cambios de ritmo. De esta forma “una heterocronía conflictiva va a vincular estas dos polaridades por la diferencia de potencial que las separa. Así coexisten simultáneamente tiempos diferentes” (Green, 2002, p.156). En cuanto al tiempo del individuo y el tiempo del Otro el autor divide hipotéticamente por un lado el tiempo del individuo, repartido en cuatro momentos, por otro el tiempo del Otro, pasando por el tiempo del fantasma (Green, 2002). El tiempo del individuo estaría regido primeramente por el tiempo relativo a la pulsión, tiempo de repetición que aparentemente elimina la posibilidad de un movimiento de diferenciación. Por otra parte aparece el tiempo del inconsciente que tiene como objetivo la tendencia a la descarga y que dada la particularidad de la condensación temporal del mismo que transforma lo sucesivo en simultáneo ignora la temporalidad del reloj “el inconsciente ignora el tiempo” (Green, 2002, p.158). El tiempo del yo se caracteriza por el tiempo de acción posible de ser diferida para terminar con el tiempo del porvenir “sometido a las conminaciones del superyó y del ideal del yo, de los cuales se sabe que tienen

su fuente en el ello, cerrando así el recorrido que vincula las instancias.” (Green, 2002, p.157). El tiempo del Otro estaría compuesto por los mismos elementos, pero con la particularidad de que “elementos pertenecientes a la pulsión y al inconsciente no actúan en él a cara descubierta” (Green, 2002, p.157). Entre ambos tiempos existiría según el autor un espacio para el tiempo del fantasma. En la obra Freudiana el fantasma aparece interpretado como el “guión imaginario en el que se halla presente el sujeto y que representa en forma más o menos deformada por los procesos defensivos la realización de un deseo y en último término de un deseo inconsciente” (Laplanche, año, p.138). Este tiempo del fantasma puede “desincronizar el orden natural ... compone una estructura original, intemporal por el deseo que expresa, temporalmente reordenada por la forma del relato que constituye” (Green, 2002, p. 157)

Lo traumático por su parte, tiene desde el psicoanálisis un tiempo que también le es singular. Green se basa en la obra de Sigmund Freud (Freud citado por Green, 2002) para pensar el concepto de trauma y su temporalidad, a través de la noción de latencia entendida desde el autor como cuando :

En un cuerpo transformado por la pubertad el efecto de algún incidente resuena con lo que ... podríamos llamar trauma pre-significativo, el tiempo detenido retoma su curso ... el simple retorno del pensamiento inconsciente al pasado recicla lo que fue y convierte el pre-trauma en trauma. el trayecto que en el sentido progrediente, daba un salto por encima del tiempo ... en sentido inverso, regresiente parece redescubrir y apropiarse de todo lo que en apariencia había ignorado en la indiferencia, entre pre-trauma y trauma (p.199)

Así, el concepto de trauma y latencia conduce nuevamente a pensar la temporalidad trabajada desde el psicoanálisis como otra, distinta a la temporalidad de flecha hacia adelante, distinta a la temporalidad del reloj social e histórico. Muestra una vez más cómo pasado presente y futuro en su estructura pensada como lineal, debe ser repensada, a modo de arco que se tensiona constantemente en su intención de juntar ambas puntas del mismo: el trauma, comúnmente pensado como ubicado en el pasado, desde el psicoanálisis y a través de la noción de latencia se ubica en un entre dialógico pasado:presente:futuro a través de la resignificación en un presente de un evento traumático no vivido como tal en el momento de su acontecimiento, sino dejado en stand-by hasta poder ser elaborado, generando movimientos en el presente, en el relato de la vivencia de vida, que genera nuevas configuraciones de cara a un futuro. En este sentido Green asevera “El trauma no está donde cabría esperarlo” (Green, 2002, p.153)

Para comprender esto con mayor profundidad es necesario pensar en el concepto de après-coup. Green (2002) trae este concepto como modalidad para pensar el problema de la elaboración de una noción específica de tiempo analítico. A propósito del après-coup considera que “contra la marcha ineluctable del tiempo hay algo que se

repite sin que el sujeto lo sepa o a su pesar. La neurosis de destino es su paradigma. Se advierte que el apres-coup se sostiene entre esas dos concepciones sin obedecer "ni al principio de la simple sucesividad ni al de la pura repetición" (Green, 2002, p.154)

En su obra, Freud piensa el tiempo más que como una flecha como un plano en el cual acontecimientos pasados pueden ser resignificados en el presente adquiriendo nuevos sentidos (Freud citado por Ludueña, 2011), esta es la esencia de la noción de apres-coup. Jaques Lacan, Psiquiatra y Psicoanalista francés, continúa el trazo de esta esencia, e interpretando la obra Freudiana, en específico el caso el hombre de los lobos, aporta la noción de aprés-coup en 1953 (Freud citado por Laplanche, 2012). Lacan plantea que al abordar el caso del hombre de los lobos Freud se centra en saber la fecha exacta de un evento acontecido, escena primitiva, buscando objetivarla, pero "supone sin más todas las re-subjetivaciones del acontecimiento que le parecen necesarias para explicar sus efectos en cada vuelta en que el sujeto se reestructura, es decir otras tantas reestructuraciones del acontecimiento que se operan, como él lo expresa, nachtraglich, apres-coup" (Lacan citado por Laplanche, 2012). Laplanche (2012) por su parte, plantea pensar el apres-coup como "una adición que modifica retroactivamente el conjunto de los textos en los que se inserta" (Laplanche, 2012, p. 52)

El aprés-coup involucraría entonces un "tiempo retroactivo en el que el presente marca el pasado e incide en el porvenir" (Díaz, 2002, p.38) Pensar esta noción lleva a entender con mayor profundidad la temporalidad singular del Psicoanálisis. Según Ludueña (2011) la percepción del tiempo que sostiene el Psicoanálisis "sirve para desarticular abordajes «geológicos», que buscan desenterrar supuestas verdades o traumas ocultos bajo capas de tiempo, como si la clave del sufrimiento de un paciente estuviera en el pasado" (Ludueña, 2011, p. 458)

Siguiendo a Green (2002) se puede encontrar en el concepto de insight, otra pista para entender la temporalidad psicoanalítica como singular y no estrictamente vinculada al tiempo histórico y social. Pensar el insight lleva a pensar el proceso analítico, que involucra movimientos en temporalidades que no son las comúnmente pensadas. Green lo define como "la visión interna obtenida por el analizante, de sí mismo, por sí mismo y para sí mismo" (Green, 2002, p. 210). Para una mayor comprensión sitúa una escena de consulta, en particular una sesión en la cual el consultante en trabajo analítico llega a adquirir por un momento esa visión interna y a comprender lo que se desenvolvía en sus resistencias, lo que se produce y se reproduce dentro del vínculo transferencial, y a la sesión siguiente aparece en la consulta sin ningún tipo de alusión a ese movimiento de comprensión, lo que puede parecer desconcertante al analista, que al presenciar la capacidad de insight del analizado puede esperar que esos elementos comprendidos sean tomados sin más en cuenta. Plantea Green (2002):

la sesión siguiente el encuentro no es más que un recuerdo borrado a medias, no todo es como antes, pero hemos aquí de vuelta, los viejos hábitos distan de haber sido destronados ... ¿Quiere decir que

no pasó nada? eso sería falso. ¿quiere decir que ya no pasará nada? tampoco, el insight jamás toma la forma del eureka (p. 215)

Pensar el insight conduce entonces a pensar nuevamente esa temporalidad otra, que no es la de flecha hacia adelante, la de causa-efecto, la del tiempo sociohistórico. Tanto el insight como el apres-coup, una condición del otro, implican pensar el tiempo analítico en forma espiralada, pensando muchas veces, pasado presente y futuro en un mismo plano de simultaneidad aunque en diferentes puntos del espacio

temporalidades de la técnica psicoanalítica

En lo relativo a la técnica psicoanalítica se encuentra un engranaje de temporalidades que resulta necesario precisar. Nociones como encuadre, encuadre interno, transferencia, contratransferencia, tiempo de sesión, abstinencia y neutralidad marcan nudos del mismo.

Green(2002) plantea que al momento de pensar desde el psicoanálisis, a los psicoanalistas les resultó más sencillo tomar como eje el espacio que el tiempo: “del tiempo, los analistas, que están constantemente sumergidos en él (duración de la sesión, ritmos de la cura marcados por sus interrupciones regulares, análisis más prolongados) tienen llamativamente poco que decir. Paradoja sorprendente” (Green, 2002, p.155). Sin embargo, algunas líneas han sido esbozadas, desde la obra Freudiana hasta la actualidad, para pensar las temporalidades puestas en juego en la técnica psicoanalítica.

En *Consejos al médico*, Freud (1912/1976) establece un conjunto de postulados para aquellas personas que busquen desarrollar el método psicoanalítico, así como para personas que decidan pasar por un tratamiento de este tipo. Si bien estos primeros postulados han sido revisados y reconfigurados acorde a desarrollos post-freudianos, cabe mencionar esta obra como comienzo de ciertas líneas que hasta hoy, aunque reinterpretadas, se sostienen. Freud (1912/1976) plantea que al momento de escuchar al consultante siguiendo la técnica psicoanalítica, el analista debe mantener una escucha que no busque detenerse en cada dato, opinión, gesto que el consultante otorgue a través de su discurso hablado o corporal, sino que debe buscar “no querer fijarse en nada particular” (Freud, 1912/1976 p. 111) tratando de que la atención al discurso del consultante se mantenga en iguales condiciones hacia todo aquello que éste enuncia (Freud, 1912/1976) en esta atención que busca no detenerse sobre nada singular que el consultante diga tampoco deben mediar juicios morales del analista, ya que estos impedirían el desarrollo de este tipo de escucha, trasladando y buscando encasillar el discurso del consultante dentro de los parámetros morales que el analista sostendría. Esta postura de escucha llamada “atención parejamente flotante” (Freud, 1912/1976, p.111) habilita el posterior despliegue de elementos esenciales dentro de la técnica psicoanalítica, siendo así una de las

bases de la misma. En resumidas cuentas, al decir de Freud para el mantenimiento de la atención parejamente flotante “Uno debe escuchar y no hacer caso de si se fija en algo” (Freud, 1912/1976, p. 112), a propósito de esta atención singular, y en consonancia con el concepto de aprés- coup anteriormente trabajado, Freud observa “no se debe olvidar que las más de las veces uno tiene que escuchar cosas cuyo significado sólo con posterioridad ... discernirá” (Freud, 1912/1976, p.112).

Así como el analista debe sostener esta postura de escucha, para que el trabajo psicoanalítico se desarrolle, el consultante debe a su vez cumplir con una parte fundamental, que es aclarada al momento de comenzar el trabajo psicoanalítico: “que refiera todo cuanto se le ocurra, sin crítica ni selección previas. Se habla aquí sobre la "regla fundamental del psicoanálisis” (Freud, 1912/1976, p.104). Entonces, así como el analista sostiene una escucha donde busca no detenerse sobre nada en particular de lo enunciado apartando sus propios juicios morales, el consultante debe buscar hacer un movimiento similar pero inverso, enunciando todo lo que se le ocurra buscando que en su discurso no medien parámetros morales, a la vez que buscando no detenerse por el hecho de que un pensamiento no tenga aparentemente nada que ver con el que lo antecedió. Esto es, siguiendo a Freud el método de asociación libre (Freud, 1912/1976).

Además de lo relativo a la atención flotante y a la asociación libre, en este texto Freud (1912/1976) añade dos concepciones relevantes: la neutralidad y la abstinencia. Ambos conceptos han sido revisitados, criticados y reconfigurados por psicoanalistas post-freudianos, en lo relativo al alcance y limitaciones de estas nociones, pero resultan aún tenidas en cuenta al momento de sostener un trabajo psicoanalítico. Sobre la neutralidad, Freud plantea como primeras líneas en este texto que los analistas deben tomar, al momento del trabajo con un consultante “por modelo al cirujano que deja de lado todos sus afectos y aun su compasión humana, y concentra sus fuerzas ... en una meta única: realizar una operación lo más acorde posible” (Freud, 1912/1976, p.114). Así, siguiendo a Laplanche (1996) neutralidad supone suspender afectos que puedan llegar a dirigir el proceso de cura hacia alguna posición ideológica o moral que sostenga el analista, lo que llevaría el proceso unilateralmente, a su vez buscar no dar consejos al consultante. Mantenerse neutral se aplica también a lo que el consultante exprese transferencialmente “no entrar en el juego del paciente” (Laplanche, 1996, p. 256) así como a su discurso, no dándole mayor importancia a ciertas partes en detrimento de otras.

Acerca de la abstinencia, Freud plantea que es necesario para el analista abstenerse de mostrarle al consultante las inseguridades, defectos y conflictos propios, su vida íntima, ya que esto llevaría al consultante a evitar indagar en su propio inconsciente por buscar indagar en la vida del analista y en sus conflictos, llevando a usar esta situación como resistencia para trabajar en sí mismo (Freud citado por Laplanche, 1996). En puntualizaciones sobre el amor de transferencia, Freud plantea “debo establecer el principio de que es preciso en los

enfermos, mantener las necesidades y aspiraciones como fuerzas que impulsan al trabajo y al cambio y evitar que sean acalladas por substitutivos”. (Freud citado por Laplanche, 1996) Siguiendo a Laplanche (1996) abstinencia implica también

la norma de no satisfacer las demandas del paciente ni desempeñar los papeles que éste tiende a imponerle. ... se halla implícitamente ligada al principio mismo del método analítico, en tanto que éste convierte en acto fundamental la interpretación en lugar de satisfacer las exigencias libidinales del paciente (p.256)

Dentro de la técnica psicoanalítica se encuentran también los conceptos de transferencia y contratransferencia. En puntualizaciones sobre el amor de transferencia (Freud, 1915/1990) el autor establece que el consultante dentro del trabajo con el analista, realiza un movimiento psíquico a través del cual se da un

retorno ... de una persona importante de su infancia, de su pasado, y por eso transfiere sobre el sentimientos y reacciones que sin duda se referían a ese arquetipo. ... en él el paciente escenifica ante nosotros con plástica nitidez un fragmento importante de su biografía, sobre el cual en otro caso nos hubiera dado insuficiente noticia por decirlo así actúa ante nosotros en lugar de informarnos.(Freud, 1915/1990, p.162)

Así, el consultante deposita en el analista afectos que no se corresponden con la persona del analista en sí misma, sino a otros miembros importantes de la historia del consultante, sobre todo enfatiza Freud, de la infancia del mismo, tal como pueden ser la figura materna y paterna. Por movimientos transferenciales, dentro del trabajo analítico estos afectos se depositan en el analista. Siguiendo a Laplanche (1996), la transferencia funciona con la resistencia, pero dentro del trabajo analítico toma forma de herramienta terapéutica con potencia en el proceso de la cura. Así, la misma se caracteriza por la “instauración, modalidades, interpretación y resolución de la transferencia” (Laplanche, 1996, p. 439).

En lo respectivo a la contratransferencia, en un primer momento es trabajada por Freud como la incidencia que pueden tener los sentimientos del consultante, dentro del trabajo psicoanalítico, en el inconsciente del analista (Freud citado por Laplanche, 1996). Implica también aquellos movimientos que puedan surgir desde los sentimientos del analista y que puedan intervenir en el proceso de la cura. Puede ser tomada como las reacciones inconscientes del analista a la transferencia del analizado, desde lo cual la contratransferencia no se limitaría al analista sino al vínculo analista-analizado (Laplanche, 1996). Al respecto de este concepto Freud plantea que los

analistas no podrán visualizar claramente las situaciones que se presenten en el trabajo analítico con personas, los movimientos transferenciales a los cuales se responde contratransferencialmente, si no trabajan sus propias resistencias, por lo cual es indispensable que los analistas pasen, ellos mismos, por un proceso terapéutico de corte psicoanalítico (Laplanche, 1996).

Los conceptos anteriormente definidos que se desprenden de la técnica psicoanalítica, se desarrollan a modo de proceso dentro de lo que se denomina encuadre. José Bleger (1967) define al encuadre como lo que se mantiene estático, aquello que no varía y habilita a que discurran los procesos propios del análisis. El encuadre es entonces un "no proceso (...) que permite que se desarrolle el proceso de un análisis" (Schroeder et al, 2010, p.6). Etchegoyen (1997) acuerda con Bleger en cuanto a que el encuadre significa una serie de variables que se mantienen para que todo lo demás pueda moverse, en específico lo referido al tiempo de duración de la consulta, la frecuencia de la misma y el lugar (Etchegoyen, 1997). Sobre el concepto de encuadre Luisa de Urtubey (1999) establece:

El encuadre es, a la vez, previo y concomitante de la interpretación y forma parte del ambiente propicio a la regresión del paciente, como lo señaló la primera Macalpine en 1951, con el fin de crear un vínculo pulsional (de deseo, amor u odio), donde los retoños de lo reprimido sean contenidos, comprendidos, interpretados y elaborados por la pareja analítica (p.49)

Así, la noción de encuadre implica aquellos aspectos que se mantienen: frecuencia, pago de honorarios, tiempo de duración y lugar de las consultas (De Urtubey, 1999).

En engranaje con el encuadre externo, aparece la noción de encuadre interno. Elizalde (2002) trabaja el mismo como fundamental para un trabajo analítico viable:

Consiste en un conjunto de propiedades psíquicas que interactúan como radares o antenas invisibles. El analista incorpora el encuadre interno gracias a su propio análisis, autoanálisis, experiencia de vida y condiciones personales ... Es un delicado proceso que resulta del encuentro entre un analista que posee el dispositivo interno de análisis y un paciente que acepta el despliegue del trabajo analítico" (Elizalde, 2002, p. 1)

Así, para el encuadre interno es menester que el analista haya transitado por un proceso analítico personal, que le permita en conjunto con su formación hacer sedimento de este encuadre interno, que resulta personal y no vinculado al tiempo de sesión o frecuencia de las mismas, sino a un otro tiempo interno que funciona al interior del

analista y en relación con el analizado dentro del desarrollo de las consultas. Elizalde define al encuadre interno como “un marco intersubjetivo e interactivo” (Elizalde, 2002, p.1).

La autora plantea determinados componentes del encuadre interno. Para comenzar entiende como fundamental una escucha tercera, no sólo a lo enunciado por el analizando ni a los pensamientos del analista, sino a lo que se escapa del orden del discurso hablado y que responde a movimientos inconscientes. Una postura de permeabilidad del analista ante su inconsciente y el inconsciente del paciente es otro componente del encuadre interno. Para que esto se desarrolle en buena forma, plantea que es necesario el análisis personal del analista. La atención flotante aparece también como parte del encuadre interno, como aquello que pone en juego el mismo, en tanto mantener una atención laxa que permita capturar las formaciones inconscientes (Elizalde, 2002). La asociación libre del analista como “libertad creadora del pensamiento” (Elizalde, 2002, p.2) donde también se pone en juego el encuadre interno, buscando a través de un sólido análisis y autoanálisis, identificar, analizar y evaluar la pertinencia de poner en juego con el analizado las construcciones y pensamientos que aparezcan en el analista. Como últimos componentes Elizalde (2002) trae la espontaneidad y creatividad como parte del encuadre interno, desde aquí, el analista “Nada en el mar de su encuadre interno, sostenido por el proceso formativo que permitió su gestación. El analista se convierte en un descifrador y en un inventor. La tarea analítica se torna lúdica” (Elizalde 2002, p.2)

Para comprender en términos más prácticos la noción de encuadre interno, se contraponen encuadre interno y externo, sin que esto anule ninguno de los dos:

si un analista, por fallas caracteriales o excesos de puntos ciegos, despliega un fuerte encuadre externo con poca dosis de encuadre interno, seguramente el análisis servirá en su función de catarsis o de holding pero el resultado mutativo y elaborativo será pobre ... cuando el análisis cursa con un encuadre externo laxo pero con un ritmo sostenido de transmisión inconsciente y develamiento transferencial mediante interpretaciones y construcciones, las posibilidades de éxito son mayores ... En la medida en que un analista perfecciona su capacidad de analizar, el encuadre interno cobra natural prioridad (Elizalde, 2002, p. 2)

Resulta pertinente mencionar que la noción de encuadre aporta elementos para profundizar en la relación entre tiempo socio-histórico y clínica psicoanalítica, trazo marcado de este ensayo. Lo que esta noción implica ha ido cambiando a lo largo del tiempo, respondiendo a los cambios sociales que acontecieron desde los inicios del psicoanálisis hasta hoy. Un ejemplo lo da la discusión acerca del tiempo de duración de las sesiones. Haciendo una revisión de la obra freudiana, Villar (2016) encuentra que el psicoanálisis enfrentó oposición en cuanto a la duración

de las consultas, considerándose las mismas muy largas, en aquel entonces la causa se ubicaba en la poca legitimidad que se le daba a la neurosis como padecimiento mental, definiéndola como padecimiento neurológico. Freud plantea en un artículo de 1937 que el hecho de buscar abreviar el tiempo de análisis “es hijo de su época” (Freud citado por Villar, 2016, p. 219). Villar encuentra que Freud recorre un camino de tolerancia hacia quienes piden tratamientos más cortos, pero a su vez entiende necesario sostener la temporalidad planteada para un análisis que se diga psicoanalítico. (Villar, 2016)

Estas conceptualizaciones llevan a envolver también, dentro de aspectos de la técnica psicoanalítica, la noción de estructura de demora definida por Fernando Ulloa (2012). El autor plantea que el analista al trabajar con el analizado, en grandes rasgos mira, piensa y luego habla. Se detiene en el momento del proceso que involucra el pensar, planteando que para hacerlo una persona primero siente, decide si querer o no lo que está sintiendo, y luego cree sobre aquello que siente (Ulloa, 2012). En lo respectivo al pensar del analista observa: “sentir, querer, creer, designan la manera como el clínico está afectado, involucrado emocionalmente, diría afectado por contagio frente al clínico” (Ulloa, 2012, p. 99). Ahora, lo que plantea el autor es que frente a estos afectos, el clínico debe valerse de la abstinencia, no en tanto lejanía con el analizante o silencios prolongados y sepulcrales, sino en tanto dar tiempo a esos afectos que llegan por contagio, para elaborarlos y entender por qué y cómo funcionan en el trabajo con ese analizado en ese momento singular, y luego elegir si es pertinente compartir algo de lo generado en ese mundo interno del analista, con el analizado, para generar nuevas hipótesis o conexiones, que lleven a la emergencia de lo impensado hasta el momento por ambas partes (Ulloa, 2012)

Las líneas esbozadas acerca de la técnica psicoanalítica, develan una vez más temporalidades singulares. Comienzan a vislumbrarse lo que podrían denominarse capas temporales dentro del psicoanálisis, en su teoría y en su técnica, en un engranaje entre el tiempo social e histórico (tiempo de duración de las sesiones, frecuencia de los encuentros) que sigue las agujas del reloj y el tiempo interno (de elaboración inconsciente, de atención flotante, de transferencia y contra-transferencia, de estructuras de demora) que invita a la pausa y a la demora.

La tensión rastreada por Villar (2016) al respecto del tiempo de duración de las consultas en los inicios del psicoanálisis, funciona como punto sobre el cual hacer pié para profundizar la reflexión acerca de las posibles tensiones que hoy puedan sostenerse con los tiempos que conlleva el psicoanálisis en su teoría y en su práctica. Cabe preguntarse: ¿continúa hoy vigente el problema del tiempo de duración de un análisis? de ser así ¿siguiendo qué trazos se elaboran los nudos de este conflicto?. La discusión acerca de si la neurosis es o no un padecimiento mental, argumento para quienes se posicionaron en contra del largo tiempo de duración del tratamiento psicoanalítico en sus comienzos, hoy ya no hace sentido. Aún así, se mantienen tensiones con respecto a la duración de los procesos psicoanalíticos. ¿En qué se sustentan estas tensiones? los nudos de este conflicto se fundamentan

hoy en el tiempo, por el uso del tiempo mismo, tomado éste como bien de intercambio y producción (Soler, 2002). En su uso instrumental, los individuos de hoy, buscan una utilización del tiempo en actividades que muestren rápidamente su efectividad y su productividad en términos sociales y subjetivos, respondiendo a una lógica capitalista (Soler, 2002). Los tiempos inherentes a un proceso psicoanalítico invitan a la pausa, a la demora, a la reinterpretación a través de miradas, de visitas y revisitas a la propia historia que conllevan “años que albañilean y años de derrumbamiento” (Darnauchans, 1978, 0:10). El tiempo de productividad y eficiencia que los individuos buscan hoy, no aparece en esas formas desde el psicoanálisis, y por esto parece existir una tensión que se sostiene entre el tiempo de un tratamiento psicoanalítico y el tiempo vivenciado por los individuos hoy. Tomando como eje estas afirmaciones, surgen las siguientes preguntas: ¿cómo se elabora la tensión de estas temporalidades planteadas de la teoría y técnica psicoanalítica y la temporalidad del reloj sociohistorico en el encuentro analista- analizado? ¿repercute el tiempo actual en el modo de hacer clínica psicoanalítica? ¿Puede, debe la clínica psicoanalítica sostener los tiempos que plantea en su técnica y teoría, en el momento socio-histórico actual?

Para buscar responder a estas interrogantes y comprender en mayor medida la tensión existente en la actualidad en relación al tiempo que conlleva un proceso analítico, resulta necesario profundizar y recorrer primero el tiempo sociohistórico actual: la hipermodernidad.

No sé lo que quiero, pero lo quiero ya: contexto socio-histórico y cultural de la hipermodernidad y los individuos que la componen

Se transita hoy un tiempo social, cultural e histórico caracterizado como hipermoderno (Lipovetsky, 2004). ¿Qué es la hipermodernidad? Para entender sus particularidades, es necesario primero entenderla dentro de un proceso. La misma no resulta de un corte con el tiempo social, cultural e histórico que se sostenía con anterioridad, a saber la posmodernidad, sino que es una continuación exacerbada e hiperacelerada del tiempo posmoderno (Lipovetsky, 2004).

El tiempo moderno, aparece desde Bauman (2002) con instituciones establecidas, disciplina y ética del trabajo estable, valores morales rígidos y un mundo del consumo relegado a las clases privilegiadas. Se pasa en la segunda mitad del s.XX a la posmodernidad (Lipovetsky, 2004). En este tiempo impera el consumo de masas, el mismo ya no se limita a las clases privilegiadas sino que se extiende a la sociedad toda. El hecho de tener la posibilidad de consumir cambia la perspectiva del colectivo social, que comienzan a guiarse más por lo novedoso, por lo seductor del presente y sus posibilidades, que se presentan todas como posibles de ser consumidas. Con la

mayor capacidad y tendencia al consumo, comienza entonces a entenderse lo posmoderno por comportamientos sociales guiados más por lo seductor que por lo disciplinario (Lipovetsky, 2004)

Bauman (2004) elige una metáfora basada en las propiedades de lo sólido y lo líquido para caracterizar a la modernidad y al pasaje hacia lo que posteriormente se denominó sociedad posmoderna. Lo sólido corresponde a la modernidad, con instituciones que figuran como fuertes, inamovibles en su rol de organización social y en dictamen de normas. La solidez de las instituciones (Bauman, 2002) de la época moderna, en las que el plano individual quedaba pospuesto en pro de una homogeneidad social, donde el individuo no era más que parte de una unidad mayor entendida como sociedad o clase comienza a debilitarse, a tomar una consistencia fluida (Bauman, 2002) perdiendo autoridad organizativa y simbólica en el plano social. El individuo y lo individual comienzan a tomar mayor protagonismo: con la ampliación de la capacidad de consumo aparece tanto un mercado que se dirige a los deseos personales y a la satisfacción individual, como un individuo que comienza a sentirse animado a expresar sus deseos de consumo personales y realizarlos. Lo ideológico entendido como proyectos histórico-sociales, ideales políticos claros y estables se agrietan, dejan de movilizar a los individuos en sus comportamientos colectivos, y lo social se entiende como una extensión del mundo privado (Lipovetsky, 2004)

Por otra parte Lipovesky (2004) elige el concepto de moda para describir este tránsito a la posmodernidad. La moda resulta una forma de entender lo social en la posmodernidad, ya que la sociedad y la moda comienzan a guiarse por los mismos componentes: “transitoriedad, seducción, diferenciación” (Lipovesky, 2004, p.20). La lógica de lo efímero que envuelve a la moda, anclándola a lo nuevo siempre por venir y hacia el presente, comienza también a envolver al conjunto social en la posmodernidad (Lipovesky, 2004). En lo respectivo a mecanismos de control social, los mismos no se llevan adelante en la posmodernidad por imperativos del tipo “deber hacer”(Han, 2014, p. 12), lógica que responde a mecanismos represivos de control (Faucault, 1976) sino por lo espectacular, por lo seductor, por la aparente libre elección del individuo entre opciones novedosas, guiado por sus impulsos y deseos, es decir por el “poder hacer”(Han, 2014, p.12).

Este tiempo posmoderno sienta las bases de la hipermodernidad: “a saber, una sociedad liberal, caracterizada por el movimiento, la fluidez, la flexibilidad, más desligada que nunca de los grandes principios estructuradores de la modernidad” (Lipovesky, 2004, p.27). Según Lipovesky (2004) esta sociedad hipermoderna comienza a tener lugar a finales del s. XX y se mantiene hasta hoy. Caracterizada entonces por lo fluído, lo móvil, lo maleable, momento en el cual termina de erosionarse aquella solidez de las instituciones que en la modernidad sostenía y encuadraba a lo social. Sociedad que parece sustentarse en una continua tendencia hacia el presente, debilitando, aunque no anulando, los nexos con los ejes temporales de pasado y futuro.

Caracterizada a su vez por el hiperconsumo, con la cualidad de organizarse éste en torno a la obtención de placer inmediato y momentáneo de los individuos, en una lógica de decisión sobre el consumo que es individual y no posee miramiento a futuro (Lipovsky, 2004). El consumo, además de expandirse a la mayor parte de la esfera social, movimiento propio de la posmodernidad, parece liberarse en la hipermodernidad de aquellos imperativos del “tú debes”: ahorro, proyección de inversiones a futuro, imperativos éstos ligados a la solidez de las instituciones de la época moderna. Se libera el consumo y se libera aparentemente también el individuo de aquellos trazos que otrora las instituciones tales como la familia, la escuela, el trabajo inscribían en los trayectos vitales de los sujetos (Lipovsky, 2004). Hoy las instituciones parecen no marcar los tiempos y movimientos vitales de los individuos, sino que los mismos tienen aparentemente la libertad de elegir entre variadas opciones en qué tiempos, de qué modos atravesar lo institucional: trabajo flexible, nuevas modalidades vinculares, trayectos formativos adaptados al individuo y sus tiempos de vida. Pero esta liberación es aparente, no da como resultado que los mecanismos de control que se inscribían en el disciplinario tú debes hayan desaparecido (Han, 2014), se sustituye, en cambio el tú debes por el tú puedes elegir entre opciones, desde una lógica de consumo y de moda que busca estimular la elección del individuo desde un deseo inmediato y creado muchas veces desde producciones mercantiles a través de lo espectacular y seductor:

los mecanismos de control ... se han adaptado haciéndose menos directivos, renunciando a la imposición en beneficio de la comunicación ... Mínimo de coacciones y máximo de elecciones privadas posibles, con el mínimo de austeridad y el máximo de deseo, con la menor represión y la mayor comprensión posible (Lipovsky, 2004, p.21)

En la sociedad hipermoderna los medios masivos de comunicación se encargan de estimular la persecución del bienestar individual y los placeres, del cuidado del propio cuerpo y el amor al mismo. Se erosiona el mantenimiento de la tradición y el ritual, de los posicionamientos de clase, así como las ideologías políticas con sus organizaciones, movimientos y demandas colectivas tienden al vaciamiento (Lipovsky, 2004). Se trata de poner fin a toda rigidez que responda a instituciones, tradición, imperativos represivos. Pero nuevamente esto no significa una liberación del individuo, un equilibrio logrado en acuerdo entre los poderes confluyentes de una sociedad, ya que esta desafiliación institucional y vaciamiento de las ideologías políticas, con la paulatina pérdida de tradiciones y rituales es terreno fértil que pasa a abonar los medios masivos de comunicación con el consumo desmedido y veloz. No se vive bajo el yugo de la institución iglesia o familia, pero sí bajo el yugo del último lanzamiento en tecnología, aplicaciones móviles, redes sociales, búsquedas laborales constantes dada la incertidumbre y flexibilidad del

mercado laboral, y el extremo cuidado de sí mismo para ser la mejor elección de los demás individuos entre las posibilidades existentes, todo esto con especial énfasis en la velocidad, característica clave de la hipermodernidad.

Esta tensión que los individuos transitan no resulta ajena. Las estructuras de la tradición que se mantuvieron hasta la modernidad comienzan a caer en la posmodernidad cambio vivido por los individuos como liberación. Hoy esta erosión de la tradición deja de vivirse como libertad y comienza a vivirse de modo angustioso frente a la incertidumbre: ¿qué queda cuando las instituciones dejan de crear y guiar sentidos? la tradición solía resguardar al individuo de la toma de decisiones constante, a sabiendas de lo que vendría a continuación, la falta de la misma lleva a un anclaje en el presente por una incertidumbre hacia el futuro y cómo se construirá, posicionándose la responsabilidad de esta construcción en el individuo mismo y sus esfuerzos, ya no más en la sociedad y sus estructuras. Así hoy el miedo se antepone al placer. Miedo al envejecimiento y a la enfermedad, a la toma de decisiones significa la elección constante a la que se ven expuestos los individuos ante posibilidades, donde una elección anula otra, bajo la sensación de irreversibilidad: una auténtica sociedad de riesgo, como lo define Beck (1998). En esta transición a la hipermodernidad:

se ha borrado una cierta imagen del universo, desapareciendo con ella la sensación de seguridad y solidez, la certeza de pautas y hábitos internalizados, la afirmación de ciertos valores transmitidos y asumidos: el ser humano se siente en la intemperie, como un extraño (Araújo, 2013, p.27)

De todas formas, este sentimiento de extrañeza vivenciado no es único del tiempo descrito. Se vive cada vez que se realizan amplias transformaciones sociales. La velocidad de las mutaciones sociales que el tiempo hipermoderno ha traído es la clave que lo singulariza. (Araújo, 2013) Esta velocidad aparece como un “Ritmo hiperacelerado que evoca un tiempo hipermoderno. Tiempo de vulnerabilidades e incertidumbres.(...) Se apuesta más a la rapidez que a la profundidad” (Araújo, 2013, p.27)

En lo respectivo al eje temporal, en la sociedad hipermoderna se visualizan cambios singulares. Dado que los fundamentos de la moda pasan a atravesar a la sociedad en su conjunto, se comienza a vislumbrar una exacerbación de la atención hacia el presente, sin que esto signifique un total abandono de los ejes del pasado o del futuro (Lipovsky, 2004). ¿Cómo se desenvuelve este cambio que desemboca en una mayor atención al presente en detrimento del pasado y el futuro?. Siguiendo a Lipovsky (2004) en el tiempo hipermoderno se pasa desde un capitalismo basado en la producción y lo disciplinario a un capitalismo que se sustenta en una economía que fomenta el consumo y la comunicación de masas, basada en lo efímero, en lo novedoso, en lo seductor. Como se vió con anterioridad los fundamentos de la moda traspasan la misma para pasar a fundamentar a la sociedad toda y esto convierte al eje temporal del presente como predominante desde lo social (Lipovsky, 2004). A su vez, la

hipercomunicación de este momento socio-histórico facilitada por las nuevas tecnologías de información y comunicación que habilitan una comunicación instantánea y en tiempo real a lo ancho de todo el mundo globalizado, tiende a generar una percepción del tiempo como comprimido, estimulando la brevedad en los intercambios (Lipovsky, 2004) Así “la sensación de simultaneidad e inmediatez devalúa las formas de espera y la lentitud” (Lipovsky, 2004).

El tiempo se vive desde lo urgente como atravesamiento principal. Cómo se vio anteriormente, en la posmodernidad el cambio de foco desde la tradición a lo efímero se vivenció como liberación, pero en la hipermodernidad este cambio de foco con el resultado de un reposicionamiento hacia el eje del presente genera mayor ansiedad e incertidumbre que sensaciones de liberación: “ha muerto cierta despreocupación por el tiempo: el presente, de manera creciente, se vive con inseguridad. El ambiente de la civilización de lo efímero ha cambiado de tonalidad”. Si bien se estimula el goce del momento y la obtención de placeres inmediatos, también se transita desde el constante riesgo la falta de certezas de cara a un futuro, o la duda ante el hecho mismo de que un futuro llegue. Lo líquido (Bauman, 2002) se vuelve paradójicamente una carga y los individuos no son capaces de fluir al ritmo que la liquidez del tiempo socio-histórico propone. Terminan entonces por quedar liquidados: ansiosos, angustiados, estresados, atravesados por la tensión de gozar el presente en la incertidumbre de la existencia de un futuro prometedor.

Ahora bien, la insistencia en el presente característica del tiempo hipermoderno no significa un abandono del eje del pasado y del presente. Según (Lipovetsky, 2004) el presente no se ha apoderado totalmente de la existencia de los individuos, éstos siguen desenvolviéndose en función de un futuro, la hipermodernidad entra en un juego al anclar al individuo en el presente sin desafilarlo de un futuro con lógica de duración, aparece “un universo caracterizado por la desmultiplicación de los tiempos sociales, por el desarrollo de temporalidades heterogéneas” (Lipovetsky, 2004, p.79)

La fijación con el tiempo ya no es vivida únicamente desde lo laboral (Lipovetsky, 2004) como lo fue en la modernidad, a saber las discusiones sobre el tiempo de duración de las jornadas laborales, descansos, cantidad producida por hora de trabajo, cantidad de dinero obtenida en relación a las horas invertidas en fuerza de trabajo. Hoy esta fijación con lo temporal pasa a atravesar todas las áreas de la vida del individuo, el tiempo mismo parece ser la moneda de cambio: se usa, se pierde, se gasta, se invierte:

Ya no hay solo una aceleración de los ritmos de la vida, hay también una conflictividad subjetiva de la relación con el tiempo. Los antagonismos de clase se debilitan, las tensiones temporales personales se generalizan y agudizan. Ya no es clase contra clase sino tiempo contra tiempo, futuro

contra presente, presente contra pasado. ¿Cómo no lamentar esta o aquella decisión si el tiempo se ha destradicionalizado, abandonado al arbitrio de los individuos? (Lipovsky, 2013, p.80)

Este tiempo Hipermoderno produce individuos que responden a producciones subjetivas propias de este momento sociohistórico, diferentes a las de la época moderna o posmoderna. Como base para reflexionar sobre producciones subjetivas, se toma la noción de producción de subjetividad trabajada por Silvia Bleichmar (1999):

La producción de subjetividad hace al modo en el cual las sociedades determinan las formas con la cual se constituyen sujetos plausibles de integrarse a sistemas que le otorgan un lugar (...). Quiere decir que la producción de subjetividad hace a un conjunto de elementos que van a producir un sujeto histórico, potable socialmente (p.1)

Así, por lo visto anteriormente, en la hipermodernidad figura un individuo que parece haberse liberado de las sujeciones institucionales de la época moderna que definían los trayectos vitales, y tener hoy un poder casi absoluto de elección entre opciones. Pero esta liberación a las sujeciones institucionales en conjunto con la reorganización social sostenida sobre el presente en detrimento del futuro genera en el individuo angustias, incertidumbres y estrés, y el mismo, si bien no aparece como sujetado a instituciones, lo está en relación a las lógicas del mercado de consumo en constante renovación, respondiendo al paradigma de lo efímero. El paradigma de la moda trabajado por Lipovsky (2004) hace carne en los individuos, generando determinadas producciones subjetivas: un individuo que aparece como dueño de su propia vida, sin estar aparentemente atado en profundidad en ningún aspecto, con una personalidad fuerte y con intereses en constante movimiento y producción. El representante del tiempo hipermoderno es un “individuo en un hiperconsumismo, en un zapping de placer y de goce, en una “chronocompetencia” en un auto-aceleramiento” (Araújo, 2013, p.29)

Así, el tiempo debe experimentarse de forma óptima, buscando la mejor inversión del mismo para que los resultados sean satisfactorios, de ganancia y nunca de pérdida, con el objetivo de invertir el menor tiempo posible con el mayor grado de ganancias, sean estas subjetivas o materiales (Lipovsky, 2004). Aparece un nuevo modo de explotación que resulta de esta experiencia del tiempo, que desemboca en presiones internas al buscar un rendimiento absoluto en respuesta a la necesidad de invertir el tiempo de forma productiva: aparece el rendimiento como clave del tiempo hipermoderno, con la autoexplotación como sustento, difundida desde los imperativos del tú puedes hacerlo (Han, 2014). Los individuos se concentran en sí mismos y en las formas de lograr optimizarse, rendir más y mejor “el trabajo sin fin en el propio yo se asemeja a la introspección y al examen protestantes, que representan a su vez una técnica de subjetivación y de dominación. En lugar de buscar pecados se buscan

pensamientos negativos” (Han, 2014). En lo que a este ensayo respecta, el hecho de que los individuos hipermodernos busquen un trabajo arduo en el propio yo podría ser un valioso haz de luz a seguir para pensar los modos a través de los cuales la clínica psicoanalítica pueda hacer engranaje con estos tiempos hipermodernos. La cuestión sin embargo radica en los modos mismos en los que estos individuos se disponen a hurgar en su mismidad: como nos aproxima Lipovetsky(2004) y en diálogo con Han (2014), se entiende que las formas de indagación del propio yo tienen que ver con la lógica del tiempo óptimo, en búsqueda de la velocidad de respuestas y el oportuno descubrimiento de aquellos elementos internos, considerados como negativos, que se interpongan en la ruta de los individuos hacia una mayor producción para poder apartarlos, buscar destruirlos u optimizarlos para que los aspectos negativos se vuelvan positivos, una positividad que ayude a continuar. Lejos parecen encontrarse estos individuos así descritos, del tiempo del encuentro en la pausa que plantea Green(2002), del tiempo del insight. Sin embargo algo parece insistir, Han (2014) dice: “sin negatividad, la vida se atrofia hasta el ser muerto, la negatividad mantiene la vida en vida. El dolor es constitutivo de la experiencia” (p.49)

En lo relativo a concepciones éticas, morales, y al uso de la razón, se visualizan también ciertos movimientos. Según Araújo, comienza a darse un particular uso de la razón, usándose bajo diferentes parámetros dependiendo las situaciones particulares “el fin justifica los medios, la instrumentalización del pensamiento invalida el tiempo de la crítica y la reflexión a veces” (Araújo, 2013, p.29). Según Lipovetsky (2004) aparecen opiniones menos estables y sostenidas, más movibles según el tono emocional del momento, sin embargo esta inestabilidad no significa que deba ser a priori juzgada como negativa, es más bien, una reacción a este tiempo anclado en el presente. La ética ya no se formula desde el deber hacer y ser, o desde el sacrificio sino que “debe pensarse bajo la forma de una moral indolora que funcione más movida por emociones que por obligación o sanción” (Lipovetsky, 2004, p.40) y lo moral aparece espectacularizado, la moral que se sigue es la que resulte estimulante, emocionante, la que se mueve a nivel de lo emocional y conmueve (Lipovetsky,2004)

En este contexto de movilidad constante, de poca e inconstante adhesión hacia instituciones, grupos, vínculos, en este anclaje en el presente, lo que ocupa es que la personalidad de los individuos aparece cada vez más endeble (Lipovetsky, 2004). Lo móvil repercute en la subjetividad de los individuos y en lugar de significar una afirmación del lugar de poder de decisión de los individuos sobre su vida, termina por significar una “desestabilización del yo”(Lipovetsky, 2004, p.88). Araújo (2013) acuerda con Lipovetsky (2004) y plantea que “el miedo a la pérdida y la des-inserción social, el miedo a la soledad afectiva, corporal, pautan nuestras vidas cotidianas. La inseguridad y ese miedo a la pérdida, son productores de ansiedad y angustia” (p.27). Según Lipovetsky la prueba de estas afirmaciones está en la emergencia en esta época de ansiedad, depresión, el aumento de tentativas de suicidio, la sensación constante de impotencia y el impedimento de los individuos de valorar sus

acciones. Estos emergentes son muestra para el autor, en mayor medida de la pérdida de las antiguas referencias institucionales con sus correspondientes encuadres:

lo que da cuenta del fenómeno no son tanto las presiones de la cultura del éxito como el empuje extraordinario de la individualización, el declive de la capacidad organizativa de lo colectivo sobre los sujetos. Desmarcado, el individuo está despojado de los planes sociales estructuradores que le permitían afrontar los infortunios de la existencia. A la desregulación institucional pertenecen las perturbaciones del ánimo” (Lipovsky, año, p.88)

Sin embargo, este no es el único trazo que recorre el individuo hipermoderno. El mismo continúa en búsqueda de un cuidado vincular y afectivo, continúa insistiendo en determinados puntos en la sensibilidad, así como buscando un equilibrio y un encuentro afectuoso. Se visualiza a la hipermodernidad como tensión ya que la misma “fabrica en el mismo movimiento orden y desorden, independencia y dependencia subjetiva” (Lipovsky, 2004, p.59). Los individuos siguen los imperativos de la individualización, del tú puedes, del rendimiento, pero a su vez se encuentran con carencias afectivas, con necesidad de encuentros sensibles, de una mirada que se contraponga, de una escucha atenta, de una otredad, porque aunque el tiempo hipermoderno apele al tiempo de la velocidad como clave, los individuos tienen internamente otras temporalidades que continúan insistiendo, y que no se movilizan con la misma fluidez que las instituciones, que los vínculos y que el consumo en la lógica de la moda, porque son los tiempos del encuentro, de la presencia, de la mirada y la escucha.

Pero en consonancia con Araújo (2013) “estas características expuestas que hacen referencia a la dimensión micro y psicosocial, están intrincadas, son producto y productoras, a su vez, de una dimensión macro social, económica, política, ideológica, que atraviesa esta hipermodernidad” (p.28). Para profundizar en la comprensión de la hipermodernidad, es necesario atender al diálogo estructural macro social-micro social, y así atender al atravesamiento del sistema económico-político y cultural capitalista sobre el que se sostiene occidente y la mayor parte del mundo actual, que hoy más que atravesar a los individuos y a las sociedades que componen, pasa a formar parte de la producción deseante de los propios individuos, ya no más desde el exterior, sino desde el interior mismo del individuo, el capitalismo se desarrolla y reproduce (Rolnik, 2019). Así “El capitalismo muta, es crisis, se adapta, se adapta y atraviesa también, produciendola, a la época hipermoderna” (Araujo, 2013, p.27)

Suely Rolnik (2019) plantea que la vivencia de la urgencia y velocidad de los individuos responde a intereses del poder. En su libro “esferas de insurrección: apuntes para descolonizar el subconsciente” (Rolnik, 2019), la autora emplea el concepto de inconsciente colonial-capitalístico (Rolnik, 2019, p.11) para nombrar al poder que opera en nuestra contemporaneidad:

“el campo del poder es la producción de subjetividad, el dominio político que domina el poder es el Inconsciente colonial-capitalístico, apropiándose de la potencia de los sujetos, capturando su fuerza vital, como un poder ejercido constantemente que intentara callar al individuo e impedirle pensar, cuestionar. Hoy el poder adquiere una forma permisiva.” (p.29)

En consonancia con Rolnik (2019), Han (2014) propone al respecto de la forma permisiva que adquiere el poder, que el mismo se ubica justo allí donde no es puesto sobre la mesa, donde no es visualizado, afirma que “cuanto mayor es el poder, más silenciosamente actúa. El poder sucede sin que se remita a sí mismo de forma ruidosa” (Han, 2014, p.27). Así, la forma que adquiere el poder en este tiempo hipermoderno es en lugar de represiva, permisiva. La libertad individual que se expande en este tiempo tiene dos caras. Por un lado, como se vio anteriormente, se promueve la libertad del individuo sin sujeciones profundas ni anclajes institucionales inamovibles. Pero este mismo movimiento de libertad individual aísla a los individuos y los aleja de pensar realidades colectivas posibles, así como los aleja de la posibilidad de una mirada crítica hacia las estructuras sociales imperantes. De esta forma, el poder tiene mayor libertad de acción por operar en este modo permisivo, que deja creer a los individuos que son ellos y solo ellos quienes se forjan sus éxitos y sus fracasos, y no que los mismos dependen en igual medida de intereses del poder capitalista, y de su forma de manifestarse en la época actual, el neoliberalismo. De esta forma

la técnica del poder propio del neoliberalismo adquiere una forma sutil, flexible, inteligente, y escapa a toda visibilidad ... No actúa a través de la prohibición sino de complacer y colmar, en lugar de sumisos, dependientes. El poder inteligente seduce en lugar de prohibir. El poder inteligente no nos impone ningún silencio, al contrario: nos exige compartir, participar, comunicar nuestras opiniones, necesidades, deseos y preferencias (Han, 2014, p.28)

De esta forma se comprende en mayor profundidad la lógica hipermoderna de consumo, la necesidad de producir y producirse velozmente, lo efímero, lo seductor. El poder neoliberal busca individuos que produzcan la mayor cantidad en el menor tiempo posible, algo que no resulta nuevo. Para hacerlo, en la hipermodernidad el mismo cambia los modos, ya no exige a través de la lógica del deber y la ética del trabajo, del castigo, sino que traspassa esa exigencia al interior de los sujetos, en un doble movimiento que consiste por una parte en quitarle poder y peso a las instituciones, desarraigar al individuo de las mismas alegando que es posible vivir más libres y menos preocupados, y por otro lado promoviendo la lógica del poder hacer sin límites: se puede hacer todo lo que cada

individuo se proponga, solo es una cuestión de esfuerzo. Se puede obtener lo que se quiera, solo es cuestión de esfuerzo. Se individualiza la producción, y cada quien se convierte entonces en un “empresario de sí mismo” (Han, 2016, p.24), parece ya no hacer falta patronos, supervisores, jefes; respondiendo a la lógica silenciosa del poder que actúa hoy, los individuos terminan por vigilarse a sí mismos, por forzarse muchas veces más de lo que se les exigiría, en la búsqueda constante de conseguir y ser más, mejores, más óptimos (Han, 2016). De esta forma, siguiendo a Han (2014):

Para reproducirse el capital explota la libertad del individuo ... se explota todo aquello que pertenece a prácticas y formas de libertad. Solo la explotación de la libertad genera el mayor rendimiento ... hoy cada uno es un trabajador que se explota a sí mismo... Hoy se extiende la ilusión de que cada uno en cuanto proyecto libre de sí mismo, es capaz de una auto-producción ilimitada (p.15)

. Así, lo que explota el poder es la psiquis (Han, 2014). La búsqueda de las personas de optimizarse constantemente, de rendir más y mejor para tener éxito, resulta dañina: quien no puede cumplir con los parámetros de la sociedad hipermoderna, quien no logra optimizarse y rendir de las formas que se exige, tiende a colocar la culpa sobre sí olvidando, o no pudiendo visualizar gracias a las estrategias del poder, la responsabilidad que en ello pueda tener la misma estructura social que se propone o el sistema (Han, 2014) “En el régimen neoliberal de la autoexplotación uno dirige la agresión hacia sí mismo. Esta agresividad no convierte al explotado en revolucionario sino en depresivo” (Han, 2014, p.18). Es tanto lo que el imperativo de optimizarse cala en los individuos que llega a explotarse también el dolor (Han, 2014) Cuando este individuo hipermoderno se desborda, dadas las exigencias existentes de continua optimización y máximo rendimiento en el menor tiempo posible y en todas las áreas vitales, busca subsanar este desborde, las angustias, los dolores, el pánico, sólo de una forma que le permita continuar funcionando: “ El imperativo de la optimización sin límites explota incluso el dolor. En consecuencia se tolera únicamente aquel dolor que se pueda explotar en pos de la optimización” (Han, 2014, p.50). Estas sintomatologías se buscan aclarar rápida y superficialmente, en consonancia con las temporalidades sociales vividas desde la lógica de la urgencia y la velocidad. El poder, desde la libertad hasta el dolor se dirige a la psiquis, ya no actúa coaccionando desde el exterior, sino desde el interior mismo de los individuos, desde lo que piensan y desean. El capitalismo y sus formas de poder tejen una red silenciosa y a veces imperceptible, entre todos los nudos de este tiempo hipermoderno, haciéndolo funcionar.

Resulta necesario aclarar, siguiendo a Lipovetsky (2004), que el tiempo hipermoderno no ha terminado de ser escrito. Con la cualidad de ser el tiempo que se transita, se está también construyendo. Entender la implicación de cada individuo, de quien escribe, en este tiempo resulta clave, nos encontramos en condición de producidos y

productores; dimensionarlo de esta forma colabora a no caer en binarismos con respecto a la época hipermoderna. Lejos de buscar retratar el refrán que versa sobre un tiempo pasado que siempre es mejor y lejos de temerle a nuevos tiempos que se avecinan a sabiendas de que el temor suele usar a la condena como escudo, la intención de este ensayo busca transitar el camino del medio: busca ubicar el foco en los modos de producción, de subjetivación, intentando exponer la forma en la que los engranajes se posicionan para hacer funcionar este tiempo socio-histórico singular. Así, lo hipermoderno debe pensarse por fuera de polaridades binarias, no es “ni el reinado de la felicidad absoluta ni la del nihilismo total” (Lipovetsky, 2004, p.46), considerando que si bien las tradiciones se han vaciado y el eje del presente impera, esto no quiere decir que se viva en un presente absoluto, sin ningún deje de tradición o de perspectiva a futuro (Lipovetsky, 2004). Lo que sucede en la hipermodernidad es que estos ejes temporales son vivenciados de una forma distinta a como lo hacían en la modernidad y posmodernidad, como se vio anteriormente. Entonces, para no caer en estas polaridades, resulta necesario visualizar el aspecto paradójico de la hipermodernidad, que se presenta ofreciendo más autonomía pero generando nuevos modos de dependencia (Lipovetsky, 2004). De esta forma “los individuos están más informados y más desestructurados, son más adultos y más inestables, menos ideologizados y más deudores de las modas, son más abiertos y más influenciados, más críticos y más superficiales, más escépticos y menos profundos” (Lipovetsky, 2004, p.29).

Lipovetsky (2004) plantea que lo central no es juzgar moralmente a la hipermodernidad y argumentar el por qué, sino indagar en las formas en las que se socializa en este contexto tan singular. Las aseveraciones del autor sirven como guía: este cambio de foco desde el juzgar al preguntarse acerca de los modos, invita a conectar con la intención de este ensayo. Retomando las interrogantes que surgieron al pensar la temporalidad en la teoría y técnica psicoanalítica, y habiendo profundizado en este tiempo hipermoderno, se vuelve desde un nuevo lugar a las mismas: ¿cómo se elabora la tensión de estas temporalidades planteadas de la teoría y técnica psicoanalítica y la temporalidad ahora entendida como hipermoderna en el encuentro analista- analizado? ¿repercute el tiempo actual en el mantenimiento de procesos analíticos? ¿Puede, debe, la clínica psicoanalítica sostener los tiempos que plantea en su técnica y teoría, en este tiempo hipermoderno? A estos cuestionamientos se añade: ¿qué sucede cuando este individuo, caracterizado como hipermoderno, respondiendo a una lógica de la optimización y la urgencia asiste a consulta?

Interjuegos: clínica psicoanalítica en la hipermodernidad

La temporalidad hipermoderna, al constituirse como contexto sociohistórico actual, es parte de lo que el individuo lleva consigo a consulta, una vez decide comenzar y busca sostener un proceso analítico. Asimismo, esta

temporalidad es también llevada por los y las analistas que sostienen este enfoque. Como punto de partida resulta necesario seguir a Hornstein (Hornstein, 2018) quien plantea que suele ser sencillo entender que el individuo que asiste a consulta viene con su historia, sus atravesamientos institucionales, sus temporalidades, su contexto social y cultural, pero suele escaparse que el analista también llega al comienzo de un análisis con las mismas compañías. Así, el comienzo de un análisis, en este tiempo hipermoderno así como en otros tiempos, es compartido (Hornstein, 2018). No solo comienza el analizado cuando decide asistir a una primera consulta, sino que siempre y cada vez, comienza también el analista.

Al respecto del psicoanálisis en la época hipermoderna, Villar (2016) figura la escena desde un dilema ya que el psicoanálisis debe ubicarse con sus temporalidades de largo aliento y trabajo sobre los tres ejes temporales en una concatenación espiralada, como se vio anteriormente, frente a un amplio y emergente abanico de ofertas que prometen curas con poca inversión de tiempo y eficiencia asegurada. Para la autora la solución a este dilema no radica en cerrar filas y reforzar el posicionamiento discursivo del psicoanálisis sino que “lo interesante es buscar la manera de hablar un idioma que la hipermodernidad entienda, sin perder lo esencial del psicoanálisis. Tarea, por cierto, nada fácil” (Villar, 2016, parr.15).

Para esto, la autora se cuestiona sobre lo que hay en el fondo del rechazo al tiempo de duración de un tratamiento psicoanalítico. Retoma la concepción de trauma y lo que allí acontece: un impacto enorme, y la incapacidad de que los estímulos de este impacto que irrumpen en el psiquismo sean asimilados, integrados, lo que hace que se mantengan “dando vueltas al seno del psiquismo en calidad de intrusos” (Villar, 2016, parr.21), generando así sufrimiento. La autora plantea un punto en común entre esta noción y el tiempo hipermoderno, en el cual se vive un constante bombardeo de estímulos que se vuelven imposibles de asimilar completamente por los individuos, generando grandes montos de dolor y angustia. A su vez, el sentimiento de dolor y angustia no es posible de ser elaborado en este tiempo, ya que no existe en la época de lo efímero y de la auto-producción eficiente y veloz, un espacio para la detención y reflexión interna que la elaboración de estos sentires implica (Villar, 2016). Cuando el dolor y la angustia desborda, por tratar de sostener lo insostenible que implica el bombardeo de estímulos constante y la incapacidad para elaborarlos, lo que resta es buscar una vía de escape, que ponga un parche a estas emociones sustituyéndolas por sensaciones, el consumo es este parche (Villar, 2016). En este sentido:

no se trata de si hay más o menos dolor en la subjetividad hipermoderna. Lo que sí se puede observar es que en nuestras sociedades no hay un espacio legítimo para *sentir*, y luego *procesar*, el dolor. Cuando duele, mejor salir corriendo. ¿Hacia dónde? ... la lista hipermoderna es más larga: internet y shopping” (Villar, 2016, parr.22)

Conforme a Villar (2016) una repercusión del tiempo hipermoderno en la clínica psicoanalítica se da en relación al mantenimiento del proceso analítico. Siempre fue complicado sostener el proceso una vez que los primeros síntomas comienzan a ceder, pero en este tiempo hipermoderno, una vez que eso sucede el proceso tiende a darse por finalizado. Una subjetividad hipermoderna que responde a una sociedad sostenida en la eficiencia, en la velocidad y en la evitación de la negatividad del dolor, puede menos que antes, sostener un proceso de largo aliento (Villar, 2016)

Viñar (2020) visualiza en los modos discursivos y de encuentro entre analista-analizado marcas de la hipermodernidad en la clínica psicoanalítica. Plantea que en la modernidad, el individuo asistía al encuentro con un relato largo y formulado, cargado de un decir sustentado en la angustia, trayendo inhibiciones que le impedían concretar ciertos objetivos, metas o deseos y darse ciertas libertades. En la sociedad hipermoderna, ya no se trae a consulta un decir angustioso sino que lo que se trae es un pasaje al acto o pasaje al cuerpo, eliminándose las distancias entre lo que se siente y lo que efectivamente se hace. Esto responde en gran medida a una sociedad hipermoderna que estimula constantemente nuevas y novedosas experiencias en las que se disminuya el trayecto entre objeto deseado y objeto obtenido (Viñar, 2020). Cuando el individuo hipermoderno, envuelto en los imperativos de la optimización y la eficiencia asiste a consulta, ya no habla de acuerdo al autor, buscando una otredad para convencer, entrar en un juego de seducción o provocación, sino que formula un decir que se repliega sobre sí y parece no apuntar a un ida y vuelta “no es un diálogo porque no hay progresión e interacción sino una yuxtaposición de monólogos. Se parece más a los debates parlamentarios donde cada partido expone sus ideas y convicciones, y busca más la imposición que la negociación” (Viñar, año, p.7) . Entonces, los individuos formulan a modo de exposición (con la consecuente desafectación que este tipo de decir implica), que parece no buscar intercambio, sus malestares, exigiendo luego una respuesta absoluta y concisa (Viñar, 2020): “-Yo ya dije todo, ahora hable Ud. que es el que sabe- como si se tratara de la reparación de un motor o un electrodoméstico. Es la sustitución de un lenguaje exploratorio por un lenguaje instrumental” (Viñar, 2020, p.8). Estas cuestiones tornan más dificultoso el trabajo analítico, que implica la instalación de la transferencia, la escucha parejamente flotante, la asociación libre.

Hornstein (2018) establece como base para un trabajo analítico la disponibilidad para afectar-afectarse y la escucha (Hornstein, 2018). Esta disponibilidad, ésta escucha, son demandadas en la clínica psicoanalítica en mayor medida en la hipermodernidad, lo demandado es sobre todo “su potencialidad simbolizante, no solo para recuperar lo existente, sino para producir lo que nunca estuvo” (Hornstein, 2018). Anudando el decir de Hornstein (2018) con lo planteado por Villar (2016) y Viñar (2020) se entiende que un elemento clave para entender la repercusión de la hipermodernidad en la clínica psicoanalítica se basa en que los individuos hipermodernos que asisten a consulta

llevan consigo elementos del orden de lo no simbolizado, implicando el trabajo analítico hoy no sólo trabajar sobre los aspectos reprimidos inconscientes, sino un paso más allá, buscar traer aquello que no se encuentra siquiera simbolizado por el individuo, a un plano donde se lo pueda comenzar a simbolizar a través de la escucha, la disponibilidad afectiva y la palabra. El trabajo analítico parece tener que dirigirse hoy a temporalidades más arcaicas, que en otros momentos socio-históricos. Siguiendo a Hornstein (2018) este escenario presenta al analista complejidades que obligan a pensar otros modos técnicos posibles: “la clínica actual nos lleva a conjugar rigor metapsicológico y plasticidad técnica, en lugar de técnica rígida y confusión teórica en relación con los fundamentos” (Hornstein, 2018, p.107).

Además de esto, otra clave para entender la clínica psicoanalítica en la hipermodernidad es el dar y darse tiempo. Tiempo habilitado en el encuentro analista-analizado, que permite que esta escucha y disponibilidad afectiva planteada por Hornstein (2018) se desenvuelva. Tiempo que se le disputa a la velocidad hipermoderna que bajo sus imperativos pide que nadie se detenga, del todo, en nada en particular, tiempo que puede resultar resistencia. Colette Soler (2002) Trae para pensar esta cuestión del tiempo de pausa que se da en el trabajo analítico, en contraposición a la vida social hipermoderna, la imagen de pensamiento de una reserva natural:

las especies vegetales y animales amenazadas por la destrucción tienen ya sus parques reservados, y está claro que lugares así se buscan para las urgencias subjetivas que la civilización engendra. Espacios preservados donde el sujeto pueda parar su reloj ... y creer que uno se vuelve a apropiarse de su tiempo (Soler, 2002, p.138)

La autora expresa, que el capitalismo de hoy convierte al tiempo en un bien de cambio, siendo éste algo a negociar, un bien que puede ganarse o perderse (Soler, 2002). El individuo se ve envuelto en un constante cálculo del costo de oportunidad del uso de su tiempo, si se usa demasiado por un lado, se estará perdiendo demasiado por el otro. Las repercusiones de este modo capitalista del empleo del tiempo se ven, siguiendo a Soler (2002) dentro del análisis: “Demasiado apremiado hacia el objetivo, fallará los rodeos sorpresivos de la asociación libre sin la cual nada se hace en un análisis, pero al liberarse a las delicias de la escapada y al vagar demasiado en el decir cualquier cosa es la finalidad lo que se perderá” (Soler, 2002, p.139)

Reflexiones para continuar pensando la clínica psicoanalítica en el tiempo hipermoderno

Los cuestionamientos elaborados a lo largo de este ensayo sostienen la intención de invitar a la indagación como a la reflexión. Así mismo, conducen a profundizar conocimientos acerca de las transformaciones de la clínica

psicoanalítica en el tiempo hipermoderno, con miras a una práctica futura situada. Lejos de buscar respuestas absolutas, estos cuestionamientos se plantean a modo de apertura a nuevas perspectivas acerca del trabajo psicoanalítico en este tiempo socio-histórico.

Siguiendo a Lipovsky (2004) se entiende que la hipermodernidad es campo abierto en construcción, no está absolutamente hecha ni terminada, aún no se ha dicho la última palabra. Se corre con la fortuna y la complejidad de poder pensarla, cuestionarla, a medida que se transita. Así mismo, si se quiere que el psicoanálisis persista de algún modo, debe considerarse de la misma forma: nunca absolutamente hecho, ni terminado, nunca con la última palabra dicha. Hornstein (2018) recuerda el proceso creativo de Freud, donde es capaz de elaborar toda una estructura teórica para, años más tarde, tirarla abajo a la luz de nuevos descubrimientos, o de re-descubrir aquello que ya estaba allí. De esta forma, pensar el psicoanálisis como plausible de ser cambiado a la luz de nuevos contextos socio-históricos, de nuevas formas de encuentro, de procesos analíticos, que irrumpen en la clínica cotidiana más que en la teoría, y que invitan a pensar nuevos modos.

Se desprende del recorrido de este ensayo la existencia de una tensión entre el tiempo socio-histórico hipermoderno y el tiempo del psicoanálisis. Figuran Individuos insertos en un contexto social y cultural que los construye desde una lógica de la inmediatez: la inmediatez en la producción, en el consumo, en los vínculos, en la rutina diaria. El imperativo de auto-producirse, a modo de producto, de forma eficiente y pulcra, sin fallas, de manera óptima. El tiempo, bien de cambio, se mide y se evalúa de forma milimétrica, antes de darlo, tomarlo o cambiarlo, de modo de nunca perderlo (Soler, 2002). Cuándo y cómo se pierde el tiempo, con sus matices, es una decisión tomada, más allá de los individuos, por las estructuras del sistema capitalista en su forma neoliberal con sus nuevas formas de explotación: el psiquismo y el uso del tiempo (Han, 2010). Dada la imposibilidad de esta exigencia de no perder el tiempo, de vivir en la inmediatez y lo óptimo en todas las áreas de vida, el individuo vive bajo una presión constante que lleva a cuadros de ansiedad, depresión, estrés, entre otras.

Este individuo decide comenzar un análisis, y se encuentra con un otro analista, que opone mirada, escucha, silencio, que habilita un tiempo para el detenimiento. Que sostiene un método que lejos de la inmediatez, se apoya en dejar correr el reloj de arena, esperando que en cada grano que pasa al otro lado, algo se vaya elaborando, sin saber qué específicamente, porque siguiendo a Freud(1912/1976) el analista muchas veces escuchara "cosas cuyo significado sólo con posterioridad ... discernirá" (p.112).

Un tiempo que es de corte artesanal versus un tiempo que se asemeja al de producción en serie. Tiempos del análisis que se sostienen en el après-coup, en el insight, en estructuras de demora, en atención flotante, en asociación libre. Tiempo que no exige producción con resultados inmediatos, ni óptimos, ni eficientes, tiempo que aparece para la hipermodernidad como antiproduktivo.

Esta tensión se elabora en la imposibilidad, muchas veces, de sostener los procesos. Como se vió, a la primera remisión de sintomatologías, los individuos suelen abandonar los procesos. Así mismo, aparece en consulta un discurso replegado sobre sí, que busca en análisis aquello que el individuo ha encontrado en todo su entorno: respuestas rápidas, eficientes y óptimas, como las que se requieren de ellos (Viñar, 2020). Que existe una tensión entre estas dos temporalidades queda entonces claro, así como que se expresa y elabora en el encuentro analista-analizado.

Los cuestionamientos acerca de si puede, o debe la clínica psicoanalítica sostenerse en los tiempos que plantea su técnica y teoría, dada esta tensión existente con el tiempo socio-histórico transitado, tiene varias capas de complejidad y no puede tener una sola respuesta. Del camino transitado en este ensayo se comprende que cerrar filas discursivas y estaquear posicionamientos no es la mejor vía para encontrar un nudo en el cual psicoanálisis e hipermodernidad se encuentren.

De lecturas transitadas se pudo observar, posicionamientos que invitan a pensar el psicoanálisis como alternativo, dado que propone un tiempo que hoy ya no puede ser sostenido por los individuos y el colectivo social. En ese posicionamiento se detienen, sin más, sosteniendo las temporalidades, los discursos del psicoanálisis como alternativos pero sin cuestionarlos, sino más bien, reforzando aquellos como modo de resistencia al tiempo hipermoderno. Plantear resistencia a este tiempo socio-histórico tiene un doble filo: claro está que resulta necesario oponerse a ciertos mandatos de la sociedad de hoy, sobre todo los que responden al sistema capitalista y neoliberal, que explotan psiquismos y corporalidades; pero al construir una muralla alrededor de los postulados psicoanalíticos en teoría y técnica y tratar de sostenerse de esa forma, lo que puede suceder es en un primer término excluir, negar una realidad que acontece, o querer moldearla a gusto de una corriente de pensamiento. En segundo término, imposibilitar el tender puentes que dialoguen con este contexto, que busquen construir, en lugar de solo cuestionar y criticar, porque el tiempo hipermoderno, como ya se mencionó, no está terminado, ni tiene la última palabra.

De esta forma, ¿cómo pensar el quehacer psicoanalítico en este tiempo hipermoderno? ¿deben sostenerse, sin cuestionarse, las temporalidades que propone el psicoanálisis a la luz de este tiempo socio-histórico? la respuesta, como se dijo, no es única, ni es cerrada. La invitación es a la reflexión. Desde este ensayo se propone un modo de plantear los interrogantes, los nudos de esta trama, para aportar elementos que permitan continuar pensando la práctica analítica en los tiempos de hoy, porque una punta de hilo desde la cual comenzar a tirar para desenredar la madeja puede ser repensar los modos en los cuales se formula la problemática. Pensar el psicoanálisis en este tiempo hipermoderno requerirá dar un paso atrás, o más bien, buscar habitar un entre, sin cerrar filas discursivas dentro del discurso psicoanalítico, ni dentro de los imperativos propios de la hipermodernidad para los cuales

sostener un proceso psicoanalítico de largo plazo, no resulta lo más eficiente. Habitar este entre significa cuestionar los modos, pensando el psicoanálisis desde los siguientes ítems: los cuándo, los quienes, y los cómo.

Los cuándo del psicoanálisis se refieren al tiempo. La temporalidad ha sido un eje transversal de este trabajo, entendiéndose que el tiempo, en su complejidad, puede ser comprendido desde diversas perspectivas. Luego del recorrido realizado se plantea pensar el tiempo en psicoanálisis en lo relativo a la cualidad del mismo. Se entiende, como se ha mencionado, que el psicoanálisis opone una temporalidad marcadamente diferente a la que propone y sostiene el tiempo hipermoderno. Ahora, surge el cuestionamiento: ¿es el habilitar un tiempo distinto, un encuentro en la pausa (Green, 2002), lo más importante que propone el psicoanálisis en este tiempo hipermoderno? Se sostiene en este ensayo que este tiempo otro que propone el psicoanálisis es un eje de esencial importancia para pensar las posibilidades de existencia del psicoanálisis actual.

Sin embargo, la cuestión no se cierra de esta forma. Se encuentra necesario pensar la *cualidad* de este tiempo otro. Cerrar filas discursivas sería aquí proponer que *dar* tiempo es lo que hace al psicoanálisis valioso y detenerse en ese enunciado, sin examinar, criticar, reflexionar, de qué se quiere que esté hecho ese tiempo, entendiendo que se habita una sociedad hipermoderna. Pensar la cualidad de este tiempo que se habilita en una consulta, en un proceso psicoanalítico, supone al decir de Neruda (1974) ver por fin la materia de las horas, como se ve la pata de un insecto, es decir buscar detenerse en las prácticas, desde lo micro a lo macro y viceversa, para visualizar la cualidad que adquiere este tiempo que se habilita en el encuentro entre un analista y un analizado, y no únicamente visualizarla, sino buscar también moldearla a la par que la cualidad de este tiempo vaya cambiando, movilizándose.

El tiempo que se habilita tiene la cualidad de las escuchas, de las miradas, de las presencias. Escuchas que le dan sustento a este tiempo psicoanalítico, habilitando procesos de simbolización de vivencias que estaban por allí, expresándose sin saber desde dónde ni por qué. Pensar en la escucha que compone la cualidad de este tiempo es pensarla en conjunto con Horenstein (2018): “ la escucha no consiste meramente en quedarse callado. Consiste en no prejuzgar. En colocarse al servicio de la experiencia del otro, único, singular. En abrirse a lo desconocido” (p.107). Esta escucha es un componente clave de este tiempo otro, que se habilita en psicoanálisis, y que vale reivindicar. Que exista como condición para no caer en encasillamientos, que traten de ubicar al individuo en teorías pre hechas. Esta escucha habilitará un silencio; desde Han (2010) se entiende que en este tiempo hipermoderno se da una hipercomunicación, una hiperconexión, una aparente presencia constante que nos habilita este tiempo hipermoderno. El autor sigue a Deleuze (Deleuze citado por Han, 2010) quien plantea:

La dificultad no está hoy en expresar libremente nuestra opinión, sino en generar espacios libres de soledad y silencio en los que encontremos algo que decir. Fuerzas represivas ya no nos impiden expresar nuestra opinión, por el contrario, nos coaccionan a ello. Que liberación es por una vez no

tener que decir nada y poder callar, pues solo entonces tenemos la posibilidad de crear algo singular: algo que realmente vale la pena de ser dicho (p.123)

En esta línea, la cualidad del tiempo que se propone se compone de esta escucha que busca generar espacios de silencio en el encuentro analista-analizado, espacios en los cuales el individuo, habitado por la hiperaceleración e hipercomunicación del tiempo hipermoderno, pueda encontrarse con un cuerpo que se opone, que escucha, que mira, sin exigir producción, un encuentro que pueda significar una de las pocas grietas que se puedan encontrar, para poder estar a solas, con la seguridad de estar en presencia de una otredad. Un tiempo que habilite un silencio donde el analizado encuentre algo que valga la pena de ser dicho, no justamente a una otredad, y no justamente en términos de producción mercantil, sino algo que valga la pena de ser dicho a sí mismo.

Si siguiendo a Suelly Rolnik (2019) se entiende que lo urgente veloz son intereses del poder, la pausa y la demora pueden ser entonces modos de resistencia y de búsqueda de alternativas a los trazos más hostiles del tiempo hipermoderno, esos que refieren a la explotación del tiempo, del psiquismo y del cuerpo.

Un psicoanálisis pensado desde el tiempo que habilita en su cualidad, tendrá presente estas perspectiva de lo temporal como interés del mercado y el poder, y por eso mismo revisará de qué se compone el tiempo que opone en cada consulta. Un psicoanálisis que no tenga en cuenta los movimientos del poder y el mercado con sus efectos en la vida de los individuos, corre el riesgo de terminar funcionando como un engranaje más para que este último continúe funcionando en buena forma, dentro de las lógicas más hostiles del tiempo hipermoderno. Es por esto que el cuándo del psicoanálisis conduce a pensar en los quienes que lo componen.

Pensar en los quienes del psicoanálisis nos lleva, a los fines de este ensayo, a pensar en los analizados y en los analistas, que componen el encuentro fundante que habilita un proceso analítico.

Cómo se vio anteriormente, el individuo hipermoderno aparece como aparentemente desligado de imposiciones institucionales, con una libertad de elección entre opciones, pero a su vez atado a la temporalidad del mercado y el capital que exigen producción máxima en el menor tiempo posible. Así los individuos hoy buscan una optimización total, que les permita seguir el ritmo que el tiempo hipermoderno impone. Como se observó siguiendo a Lipovsky (2004) esto genera angustias, estrés y ansiedad en los individuos, ya que las corporalidades no pueden seguir el ritmo que se les trata de imponer. Lo que se ubica de trasfondo en estas expresiones de los individuos es, siguiendo a Suelly Rolnik (2019) el ejercicio de un poder sobre los mismos. Un nuevo tipo de poder que ya no viene desde fuera sino que cala profundamente en el mundo subjetivo de éstos, y comienza a formar parte hasta en lo más íntimo: las producciones deseantes (Rolnik, 2019); el individuo de hoy desea la eficiencia y la existencia óptima. A su vez, sufre constantemente por no llegar a lograrlo, o en el intento de hacerlo. Según la autora:

En su nueva versión, es de la propia vida que el capital se apropia; más precisamente, de su potencia de creación y transformación en la emergencia misma de su impulso ... en su nueva versión, es la propia pulsión de creación individual y colectiva de nuevas formas de existencia, y sus funciones, sus códigos y sus representaciones lo que el capital explota, haciendo de ella su motor. Por eso la fuente de la cual el régimen extrae su fuerza deja de ser exclusivamente económica para serlo también intrínseca e indisolublemente cultural y subjetiva ... lo cual la dota de un poder perverso más amplio, más sutil y más difícil de combatir. (Rolnik, 2019, p.28)

Este ensayo afirma y sostiene la postura de Rolnik, quien continúa planteando que resulta de orden resistir a los imperativos propios del capital en esta nueva forma hipermoderna, lo que significa resistir en el mismo campo de producción de subjetividad y de deseo: “resistir al régimen dominante en nosotros mismos” (Rolnik, 2019, p.31). Resistir en este campo según la autora es recorrer un territorio que debe ser construido en cada existencia humana (Rolnik, 2019). En este sentido el psicoanálisis encuentra un lugar, en tanto a través de un proceso analítico, del tiempo del encuentro en la pausa que propone el psicoanálisis el individuo puede comenzar a adquirir cierta conciencia crítica sobre sí mismo, sobre las estructuras que lo componen. El proceso que un individuo realiza, a través del movimiento que permite el après-coup, en el que ciertas situaciones vividas que él ya sabía que estaban allí, pero que habían sido “dejadas de lado”, pueden cobrar un sentido más acorde a lo experimentado a través del trabajo analítico, y otorgar nuevos sentidos a su existencia, puede llegar a demostrarle al individuo que muchas de sus producciones deseantes, de sus sensaciones y experiencias pueden ser criticadas, puestas en duda, revisadas y de ser necesario, adquirir nuevos sentidos. El psicoanálisis tiene como potencia el generar entonces conciencia sobre ciertas estructuras que sostienen a los individuos, que les habilite a resistir, como plantea Rolnik (2019), a las lógicas más hostiles del mercado y el capital en el tiempo hipermoderno, que trabajan en la producción misma de subjetividad y deseante. Villar (2016) plantea que “pasar por un psicoanálisis, o por una terapia psicoanalítica, implica crecer. Y es cierto: un adulto maduro no necesita andar comprando artículos compulsivamente para paliar sus problemas ... Una sociedad psicoanalizada pondría ciertamente en entredicho a la hipermodernidad” (Villar, 2016, parr.27). De este modo, comprender a través de un análisis que cada quien puede ser guiado por impulsos, por repeticiones, comprender en la experiencia personal del trabajo terapéutico que no se es tan “dueño” de los afectos, decisiones, acciones o voluntades que uno elige realizar como quizás se creía, potencia esta conciencia crítica, comenzando con la experiencia singular pero con la posibilidad de que esta mirada crítica se trasvase a lo colectivo, y a las estructuras complejas que en este tiempo hipermoderno funcionan de modo opresor.

Entender al tiempo que opone el psicoanálisis desde su cualidad entonces, entendiendo a los quienes que la componen y las complejidades a las que se enfrentan, pone el vínculo hipermodernidad-clínica psicoanalítica a jugar de un modo singular y potenciador, en el cual pueda pensarse un trabajo analítico que no excluya el hecho de que los individuos que puedan llegar a analizarse hoy en día viven, en su gran mayoría y en distintos matices, bajo las opresiones anteriormente descritas, y que el trabajo terapéutico tiene la potencia de habilitar herramientas que colaboren con la toma de conciencia y decisión singular acerca de qué de la hipermodernidad cada individuo desea asimilar, qué configurar y con cuáles posibilidades, y desde donde producir, para que el mismo no termine únicamente por responder a los mandatos más opresivos del tiempo hipermoderno.

Para seguir esta línea, en su complejidad, es de vital importancia poner el foco también en los y las analistas. Puede hablarse de la práctica psicoanalítica y sobre posibles direcciones de la mirada para visualizar horizontes potenciadores para la misma, pero de nada sirve si no hay un detenimiento y una mirada hacia los quienes que se han formado y ejercen la práctica analítica. Así, una toma de conciencia y posicionamiento por parte de los y las analistas resulta cada vez más necesaria: entenderse también, para comenzar un proceso analítico con un analizado, como parte de la misma sociedad hipermoderna que compone a aquella persona que consulta, claro que, como ya se aclaró, con sus matices. Pensar en los quienes analistas significa pensar en que la práctica no puede distanciarse del contexto socio-histórico en el que se realiza, del atravesamiento y marca del mismo. Para evitar este distanciamiento, resulta necesario reflexionar desde una postura crítica sobre el propio psicoanálisis en tanto los individuos que lo ejercen, sus trazos formativos y las instituciones que se encargan de su enseñanza y divulgación. Si no existe un detenimiento en este nudo, puede el psicoanálisis alejarse de su potencia crítica de estructuras sociales de corte opresor, y terminar por funcionar como un engranaje más dentro de la maquinaria hipermoderna en sus trazos más hostiles, ejerciendo un rol de sostén y tratamiento desde el acompañamiento de las angustias, pero desde un lugar de reajuste de los desbalances para devolver a los individuos menos angustiados, menos deprimidos y ansiosos, más capaces nuevamente de seguir el ritmo hipermoderno, sin criticarlo.

Una reflexión crítica sobre el propio psicoanálisis puede ir en la línea de pensar las prácticas desde quienes la ejercen. Buscar siguiendo a Hornstein (2018) contar más acerca de aquello que sucede día a día en la práctica analítica, que interpela, que ubica en la perplejidad, que fuerza a pensar y elaborar otros modos posibles, pero que al momento de compartirlo parece perderse en cierta traducción academicista, o adaptada a lo esperable dentro de ciertas instituciones. Horenstein (2021) propone “debemos pensar mientras mutamos, pensar para mutar mejor. Nada ha de quedar cristalizado si queremos que el psicoanálisis diga algo acorde a los tiempos que corren” (parr.1). Resulta necesario entonces, adoptar esta postura crítica a la interna de cada quien que se dedique a ejercer prácticas psicoanalíticas, desde sus trazos formativos y las instituciones que compone y que lo componen. Evitar cerrar filas,

evitar cristalizaciones, para que no termine por correr el psicoanálisis por un lado, y el tiempo hipermoderno con los individuos que lo componen totalmente por otro. El autor continúa planteando que “no se trata de subestimar la teoría, sino de evitar solo sus atropellos (teoricismos)” (Hornstein, 2018, p.1), los quienes psicoanalistas se construirán acorde a como procesen sus lecturas, a su propio análisis, a la inscripción de su trayectoria, a complejizar la escucha para soltar lo puramente teórico o una muy poca teoría. Una postura a adoptar para los quienes analistas, es la de buscar teorizar a la par que se hace, es la de pensar mientras se muta (Horenstein, 2021).

Los cómo del psicoanálisis se vinculan con esta mutación de la que habla Horenstein (2021). En este tiempo hipermoderno ¿qué mantener del psicoanálisis? ¿qué mutar? ¿hacia dónde dirigir la mirada crítica? Este ensayo defiende la postura del mantenimiento de las temporalidades que opone el psicoanálisis en su cualidad de escucha, de oponer mirada, presencia, tiempo sin exigencia a priori de ser tiempo productivo. Esto se da a través del mantenimiento del método psicoanalítico en lo que refiere a un encuentro donde se oponga una atención parejamente flotante, se disponga la asociación libre, se trabaje sobre los movimientos transferenciales y contratransferenciales, esto teniendo en cuenta siempre sus movimientos y mutaciones. Sin embargo otras dimensiones que hacen a la teoría y técnica psicoanalítica pueden ser revisitadas: un psicoanálisis que se revise, y que dialogue con este tiempo hipermoderno puede pensarse llevado cada vez más en los zapatos,: atendiendo con mayor énfasis lo relativo al encuadre interno, tendiendo a flexibilizar los aspectos del encuadre externo. En esta línea, Villar (2016) se sostiene en Bauman para plantear que “hay ciertos aspectos de la técnica que constituyen sus sólidos, y otros que pueden licuarse para adaptarse con más facilidad a las circunstancias” (parr.30). Un psicoanálisis que se piense llevado en los zapatos recorre territorios, sale de los consultorios al encuentro, con grupos, movimientos, individuos, instituciones.

Se entiende que este nuevo tiempo transitado definido como hipermoderno, como todo lo nuevo puede mover resistencias, inseguridades, angustias, con la consecuente tendencia a pensar todo tiempo pasado como mejor. Luego del tránsito de este ensayo se entiende que la hipermodernidad tiene sus aspectos hostiles como potenciadores, con los matices que puedan existir entre ambos términos. El foco se ubica en continuar reflexionando acerca de las formas de generar trazos en los cuales estas angustias e incertidumbres, este paulatino anclaje hacia el presente que trae la hipermodernidad pueda atravesarse de forma más crítica y con una mayor autonomía en la toma de decisiones sobre cada proyecto vital, individual y colectivo. Para esto, continuar haciendo consciente aquello de la hipermodernidad que funciona como explotación de los individuos y posicionar la mirada hacia horizontes de creación de otros posibles que permitan habitar la hipermodernidad desde trazos que faciliten una vida amena, digna. Así, un eje para componer estos trazos estará puesto en el encuentro: tiempo del encuentro y del cuerpo en juego. Habilitar ciertos espacios aún para encontrarse, porque sigue resultando de orden, para las estructuraciones

psíquicas de los individuos, aún un otro a quien dirigirse, un otro que confirme y reconozca la existencia, que devuelva una imagen.

Percia (2022) plantea para pensar la clínica el estar “naciente” (parr.8). Una postura a sostener desde la clínica psicoanalítica en esta temporalidad socio histórica si se busca generar nuevos posibles puede ser la de estar naciente, que es “asistir a lo indecible: la visión de un dado en el aire antes de caer. Estar en el tiempo inaugural de un amanecer que no se sabe, de una danza que se ignora, de un clamor que desconoce que clama, de un grito que no registra qué alimento ni qué calidez ni qué mundo posible” (Perica, 2022, parr.12). Asistir entonces a cada encuentro analítico desde este estar naciente, a sabiendas y con la expectativa suspendida del tiempo nuevo que no se sabe con qué puede sorprender.

El psicoanálisis puede también oponer una temporalidad del detenimiento, de la pausa, casi como un elogio al tomarse un tiempo para el silencio, para enunciar sin saber para qué o por qué, con qué interés o sentido. El tiempo del encuentro en un proceso analítico que podrá tejer tramas en el encuentro con un otro, que se contrapone, mira, escucha, se mueve y avisa, que como individuos y colectivo no se es aún, máquina.

Bibliografía:

- Araújo, A (2013) Todos los tiempos el tiempo. Trabajo, vida cotidiana e hipermodernidad. Editorial Psicolibros Universitario. Montevideo
- Bauman, Z (2002) Modernidad líquida. Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires.
- Beck, U (1998) La sociedad del riesgo.Hacia una nueva modernidad. Ediciones Paidós, Barcelona.
- Bleger, J. (1967) Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. En Simbiosis y ambigüedad: estudio psicoanalítico. Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Darnauchans, E (1978) El instrumento. En Sansueña, pista 9.
- Diaz, S (2002) Fenómenos fuera del tiempo. Tiempos alterados. Revista Heteridad n°3, 2002, pp 37-45. extraído de: <https://www.champlacanien.net/public/docu/3/heterite3.pdf>
- De Urtubey, L (1999) El encuadre y sus elementos. Revista Uruguay de Psicoanálisis. n° 89 pp. 49-56. Extraído de <http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1312>
- Elias, N (1984) Sobre el tiempo. Fondo de la Cultura Económica, sucursal en España, Madrid. Extraído de: [http://200.111.157.35/biblio/recursos/Elias,%20Norbert%20-%20%20Sobre%20El%20Tiempo\(1\).pdf](http://200.111.157.35/biblio/recursos/Elias,%20Norbert%20-%20%20Sobre%20El%20Tiempo(1).pdf)
- Elizalde, M (2002) Encuadre Interno. en "Permanencias y cambios en la experiencia psicoanalítica" XXIV Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis - Montevideo, Uruguay.
- Escudero, J (1999) Heidegger y el concepto de tiempo.Revista Éndoxa: Series Filosóficas, n.11 pp. 211-226. Extraído de:
de:http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:Endoxa-1999B5A45183-1517-167A-A59C-6BD55232D906/heidegger_concepto.pdf
- Foucault, M (1976) Defender la sociedad. Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires.

- Freud, S (1896) traducción de J. L. Etcheverry en S. FREUD, Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904) edición completa, Amorrortu, Eds., Bs. Aires, 1986, pp. 218-227; o la traducción de Nicolás Caparrós en Correspondencia de Sigmund Freud. Tomo II (1886-1908), Ed Biblioteca Nueva, Madrid, 1997, pp. 206-217.

- Freud, S (1976) Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. en J.L Etcheverry (Trad), Obras Completas (vol 12, pp. 107-111). Amorrortu Editores, Buenos Aires

- Freud, S (1990) Puntualizaciones sobre el amor de transferencia . En J.L Etcheverry (trad). Obras Completas vol 12 (pp.159-176). Amorrortu Editores, Buenos Aires

- Green (2002) La diacronia en psicoanálisis. Trad Horacio Pons (2002) Amorrortu Editores, Buenos Aires.

- Han, B. (2014) Psicopolítica. Editoriales Herder, Barcelona.

- Han, B (2017) La expulsión de lo distinto. Editoriales Herder, Barcelona.

- Han, B (2010) La sociedad del cansancio. Editoriales Herder, Barcelona.

- Horenstein, M (2021) Analizar como un avatar. Calibán Revista Latinoamericana de Psicoanálisis Vol 18. pp.16-30. Extraído de: https://calibanrlp.com/wp-content/uploads/2021/04/caliban_C18_esp-2.pdf

- Hornstein, L (2018) Escucha y práctica analítica. Revista Uruguaya de Psicoanálisis. vol. 126 pp. 106-121

- Laplanche J. (2012) El après-coup. Problemáticas IV. Amorrortu Editores, Buenos Aires. (Edición original en 2006)

- Laplanche, J (1996) Diccionario de Psicoanálisis. Trad Fernando Gimeo (1996) Ediciones Paidós, Buenos Aires.(edición original de 1967)

- Lipovesky, G (2006) Los tiempos hipermodernos. Editorial Anagrama, Barcelona.

- Neruda, P (1974) Enigma para intranquilos. en Amor Amarillo. Editorial Losada, Buenos Aires.

- Percia, M (2022) Estar despidientes, estar nacientes. En sesiones en el naufragio. Revista Adynata reveses de clínicas estremecidas. Vol. 20 extraído de: <https://www.revistaadynata.com/post/sesiones-en-el-naufragio-20-estar-despidientes-estar-nacientes-marcelo-percia>

- Rolnik, S (2019) Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente. Editoriales Tinta Limón. Extraído de: <https://www.bibliotecafragmentada.org/wp-content/uploads/2019/09/405478879-SUELY-ROLNIK-Esferas-de-la-insurreccio-n-pdf.pdf>

- Safranski,R (2017) Tiempo. La dimensión temporal y el arte de vivir. Tusquets editores, Buenos Aires.

- Schroeder, Damian; Bertúa Fernanda; Francia, Patricia; Gomez Martha; Lopez Ana Lía; Ponce de León, Ema (2010) El concepto de encuadre en la Revista Uruguaya de Psicoanálisis (1956-2010) y en la Biblioteca de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Revista Uruguaya de Psicoanálisis n° 111 pp. 203 - 227

- Soler, C (2002) El más del tiempo. en Revista Heteridad vol. 3 pp 135 - 146. Extraído de: <https://www.champlacanien.net/public/docu/3/heterite3.pdf>

- Vidal, A. (2015) La concepción de tiempo en Aristóteles. Byzantion Nea Hellás, núm. 34 pp. 323-340 Universidad de Chile Santiago, Chile. Extraído de: <https://www.redalyc.org/pdf/3638/363844195014.pdf>

- Ulloa, F (2012) Novela clínica psicoanalítica: historial de una práctica. Editorial Libros del Zorzal, Buenos Aires.

- Villar, Patricia (2016) El psicoanálisis como alternativa en la hipermodernidad. Revista Psicol. Conoc. Soc. vol.6 no.2. Historia editorial, Montevideo.

- Viñar, M (2020) Actualidad del psicoanálisis. Cabalgando entre el balance y la prospectiva. Documento elaborado para CAP 2020. Extraído de: www.google.com/u/1/#search/1234%40gmail.com/KtbxLvHKQZFqvvNvmMQwDbSqqpvtxwlQq?projector=1&messagePartId=0.1